

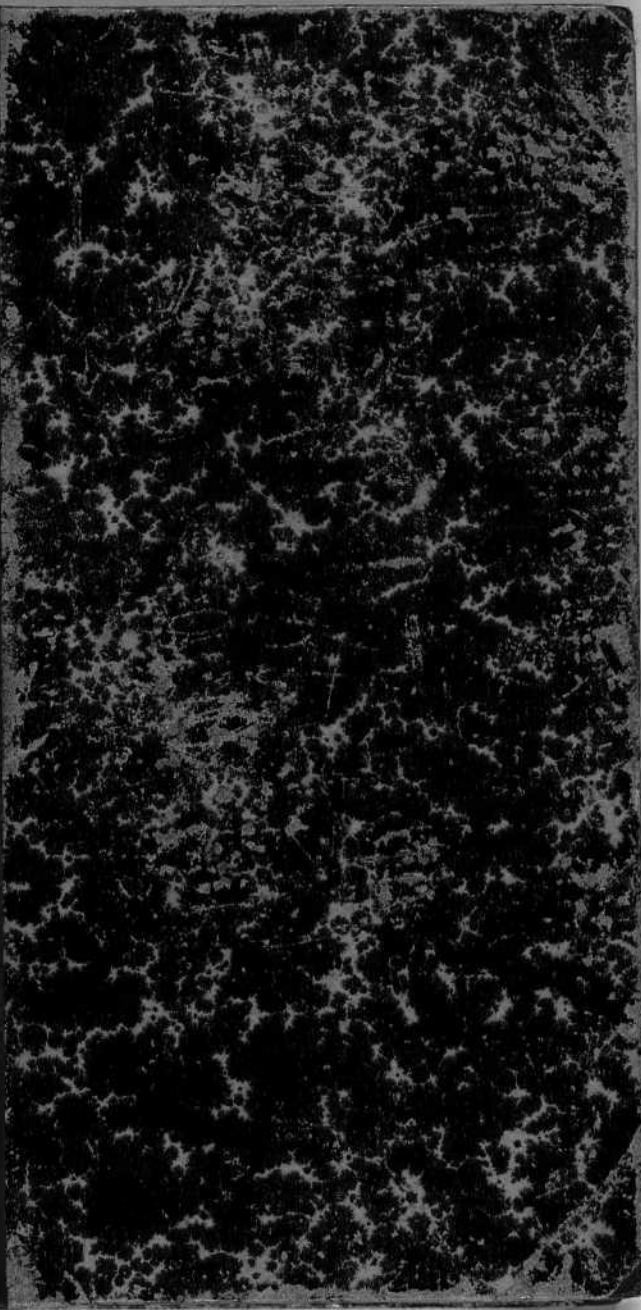
32

PLATE

AS

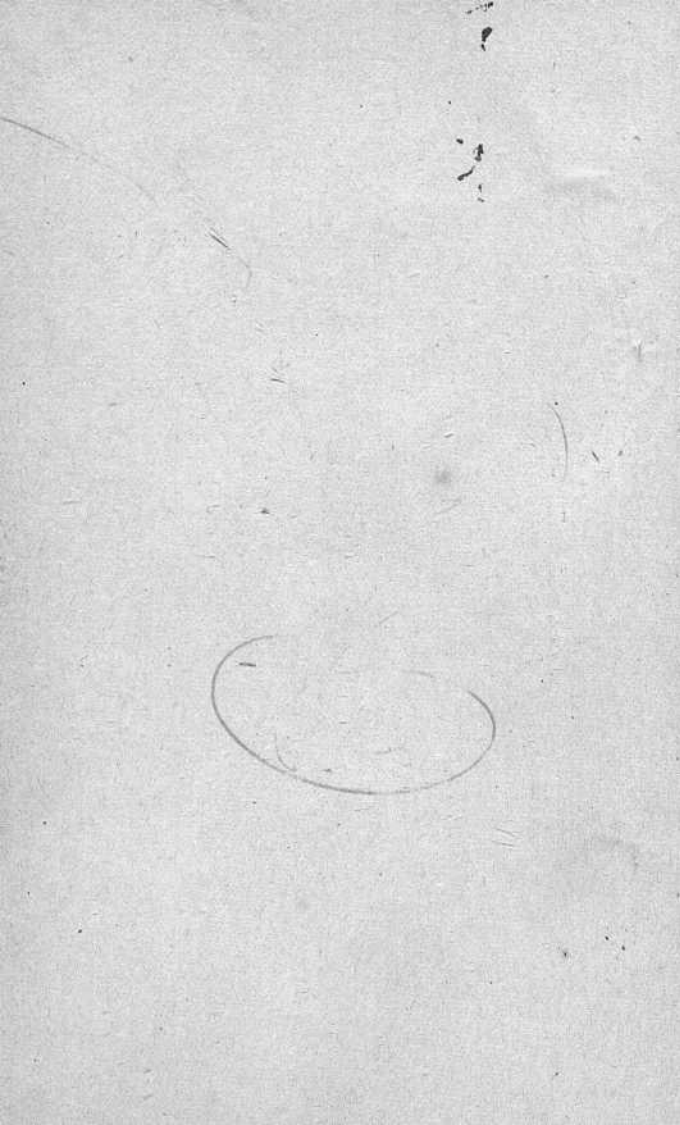
IS

PLATE









LAS FIESTAS
DE TOROS

DEFENDIDAS

POR

SOBAQUILLO



DIVISION DE PLAZA



THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

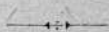
1950

9

DIVISIÓN DE PLAZA



F. Bueno y Compañía, editores.



LAS FIESTAS DE TOROS

DEFENDIDAS

FOR

SOBAQUILLO



ADMINISTRACIÓN

Postas, 48, tercero.

MADRID



Es propiedad de los editores F. Bueno y Compañía.

Madrid.—Imp. de Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.
Servicio telefónico núm. 486.

LAS FIESTAS DE TOROS

DEFENDIDAS POR SOBAQUILLO



LAS FIESTAS DE TOROS

DEFENSA

SONETO

Con el hirviendo resoplido moja
el ronco toro la tostada arena,
la vista en el jinete alta y serena,
ancho espacio buscando al asta roja;
su arranque audaz á recibir se arroja,
pálida de valor la faz morena,
é hincha en la frente la robusta vena
el picador, á quien el tiempo enoja.

Duda la fiera, el español la llama;
sacude el toro la enastada frente,
la tierra escarba, sopla y desparrama,
le obliga el hombre, parte de repente,
y herido en la cerviz, húyele y brama,
y en grito universal rompe la gente.

JOSÉ ZORRILLA.—*Obras poéticas.*



Tan de perlas me ha parecido,
por lo que toca al orden y
método, la acusación fiscal de
mi distinguido amigo el señor
D. José Navarrete, que al defen-
der la fiesta española por excelencia contra las vio-
lentas censuras del ilustre escritor, quiero seguir
paso á paso y huella por huella el curso del que,

por ser maestro de toda categoría y más antiguo que yo en los redondeles del reino, *ha torcado delante de mí* en esta DIVISIÓN DE PLAZA.

Y puesto que ha dado comienzo á su faena con un cuento de Voltaire, he de empezar la mía con otro de Boccacio. De frailes es el chascarrillo volteriano; eclesiástico es también el del amigo de Flammeta: que no hay nada que ampare tanto el buen humor como una tonsura sacerdotal. Testigos de ello, el mismo Boccacio, el inmortal Rabelais y nuestro glorioso Tirso de Molina.

No por sabido, deja de ser oportunísimo el tal cuento, y de venir aquí como pedrada en ojo de boticario, ó multa en bolsillo de empresario defraudador; y es el caso, que un mercader judío, fidelísimo servidor de la Ley de Moisés, tuvo que ir á Roma en aquellos tiempos de escándalo y abominación que hacían de la Esposa de Cristo como una triste imagen de la Bestia del *Apocalipsis*.

Tanto le impresionó el espectáculo de la corte pontificia, señoreada por mancebas y rufianes; tal efecto le causaron la descarada simonía,

la corrupción sin disfraz y el olvido absoluto de todas las virtudes cristianas; tales sentimientos levantaron su corazón, y tales náuseas su estómago, que el israelita se apresuró á cambiar el Talmud por el Evangelio... ¡y se hizo católico!

Sus hermanos le pidieron explicaciones por tan incomprensible mudanza, y el converso las dió cumplidas, diciendo de esta suerte:

—Religión que subsiste y prevalece á despecho de la corrupción de sus ministros; religión que crece y se propaga, á pesar de cuanto hacen sus sacerdotes por rendirla á la enorme pesadumbre del descrédito y del menosprecio; religión que, con todo eso, vive y alienta, por fuerza obedece á leyes sobrenaturales y es mantenida por mandato de Dios.

Y aquí de la moraleja.

Función que desde luengos tiempos viene recibiendo sobre sí tantos anatemas; función de tan bárbaro linaje, de tan groseros alicientes, de tan funestas consecuencias, y que, á pesar de todo, adquiere mayor prosperidad y alientos á medida que cobra mayor vida é impulso la cultura moderna; función que, con no ser más que

un despertador de apetitos brutales é incentivo de deleites feroces, atrae todos los días, no ya á la masa ignorante y al montón anónimo, pero á hombres que brillan en el cultivo de sus carreras científicas, á damas de gustos refinados y exquisita educación, al artista, al poeta, al estadista y al sabio; función, en fin, que se nos presenta tantas veces despojada de los atractivos que solicitan al aficionado, y resiste, no obstante, á todos los esfuerzos que hacen por desacreditarla empresarios de mala fe, ganaderos codiciosos, lidiadores cobardes ó imperitos, y espectadores dignos de una albarda ó un cencerro, por fuerza es función—diría el judío de Boccacio—que obedece á leyes incontrastables, y que responde, según es de antigua entre españoles, á exigencias de nuestra raza, de nuestro suelo, de nuestro temperamento nacional y de nuestros nativos gustos por lo deslumbrador, lo audaz, lo imprevisible, lo peligroso y lo brillante.

¿He dicho algo?

¡Ay, Sr. D. José! ¡Cuán ciego es el que no ve por tela de cedazo, y cuán presuntuoso el que dice de esta agua no beberé!

Ahí tiene usted al famoso poeta D. Manuel del Palacio, que después de haber declamado enérgicamente contra las corridas de toros y de haber proporcionado á usted el soneto con que se encabeza la primera parte de *DIVISIÓN DE PLAZA*, se ha visto precisado á presidir una de estas fiestas abominables; cosa que ocurrió en Montevideo (República del Uruguay) el día 15 de Febrero de 1885, con ocasión de dar caritativo alivio á los desgraciados andaluces, víctimas de los terremotos.

Y aún hay más. A poco de hallarse en Madrid D. Manuel del Palacio, de vuelta de América, asistió á la primera corrida de la actual temporada de 1886—como también ha asistido á las siguientes—y era de ver cómo pedía ¡caballos! ¡caballos! desde el palco núm. 19, ni más ni menos que la muchedumbre feroz é imbécil á quien increpa en su hermoso soneto.

Así lo refiere en letras de molde *El Arte Taurino* en su núm. 3.º

El destino es cruel, y deparó justo castigo al encono del poeta contra la fiesta taurómaca, obligándole á presidir en América una corrida de

toros y moviéndole á gritar en Madrid ¡caballos! ¡caballos! ¿Dejará también á usted el destino ocasión de presidir uno de estos espectáculos, teniendo que concertar sus diversas partes y ordenar sus distintas suertes? *Chi lo sà!* Permítame, entre tanto, desearle de todas veras, por si el caso ocurre, aquel acierto y buen gobierno tan fáciles de obtener y tan agradecidos al que los logra, pues le conquistan ese aplauso tan universal y entusiasta, que con harta dificultad se arranca á las indóciles muchedumbres de nuestra tierra.

Y como es fama que antes de meterse usted á fraile se ha hartado de carne, es decir, que ha sido gran partidario de las diversiones de pura casta española, como son las tientas de becerros, los herraderos de reses bravas, las lidias de novillos á lo señorial, las peleas de gallos, las alegres jiras y las clásicas *juergas*, con todos los alardes de fuerza física y de resistencia masculina que traen consigo estos deportes nacionales, estoy seguro de que si nuevamente se viera usted metido en harina, dejaría muy bien puesto el pabellón.

Esta es toda la pena que deseo á usted: que le aplaudan de presidente en una corrida de toros.

Quizá entonces dijera mi señor D. José:

—Vamos, pues no son tan brutos estos aficionados...

Todo es según el color
del cristal con que se mira.



Nada más ordenado que empezar las cosas por el principio, ni más puesto en razón que comenzar la descripción de las fiestas de toros por sus alegres preliminares.

Alegres he dicho, y á fe que el que los juzgue por la pintura que hace de ellos el Sr. Navarrete, no formará peor concepto de las masas mal educadas que van en odioso tropel hácia el Campo de Guardias cuando se alza el siniestro patíbulo.

Con tan negros colores pinta aquellas regocijadas y brillantes escenas de la calle de Alcalá, que dan ganas de llamar ciegos ó ilusos á los

artistas que tantas veces han evocado con el pincel y la paleta ese aspecto seductor de la vida española; y tan feos son los pormenores, tan repulsivos los detalles que descubre en aquel deslumbrador conjunto, que entran deseos de dejar el libro y no seguir al autor en sus vituperios; porque si así se expresa antes de entrar en la plaza, ¿qué dirá á la salida? Cuando aquí nieva, ¿qué será en la sierra?

—Señor capitán, ¿por qué no ha disparado usted esos cañones?

—Por mil razones justas y cabales, mi general.

—Veamos la primera.

—Porque no tenía pólvora.

—Puede usted ahorrarse las otras novecientas noventa y nueve razones.

Si ya la ida á los toros, cantada con entusiasmadas frases por Teófilo Gautier, es tan antipática y repulsiva al impugnador de la fiesta, ¿qué ha de parecerle la fiesta misma?

Cuando tan fácilmente encuentra el primer motivo á su airado enojo, puede ahorrarse los otros novecientos noventa y nueve motivos ó pretextos.

¿Aún no habla de la fiesta, y ya le irritan sus alegres y pintorescos preparativos? ¿Aún no asamos y ya pringamos?

A bien que la pringue, por venir de tales manos, será siempre sabrosa y grata, por más que el manjar se nos atravesase á los españoles netos y castizos.

¡Sí, señor! Pese á usted, es mucha calle la de Alcalá en día de toros, y entre los gentiles literatos que han descrito con gallarda entonación y frescas tintas aquel cuadro, sólo quiero citar á Manuel del Palacio, ya que ha buscado usted en uno de sus sonetos mote y lema para su escudo.

«Que se ven allí centenares de ómnibus y de tartanas, en su mayor parte antediluvianos, de que tiran, con atalajes de la misma época, rocines matalones...»

Lo mismo pasa, y en grado mucho mayor, en el *Derby* de Londres y en el *Grand Prix* de París. Hay carricoches, coetáneos los unos del suplicio de Carlos I y los otros de la ejecución de Luis XVI, que no salen de su oscuro rincón más que para ir á Epsom y Longchamps, tira

dos por jamelgos cuya sola presentación provocaría indignadas protestas en una plaza de toros; y sin embargo, ¿á quién le ocurre fijarse en estos pormenores para encontrar feo y triste el animadísimo espectáculo de aquellos famosos campos de carreras?

«Que los mayores, que por quítame allá esas pajas suelen injuriarse con los epítetos y las invectivas más soeces, molestan al público con su incesante vocear «¡eh! ¡á la plaza! ¡á tres reales, arriba! ¡dos me faltan!» (siempre les faltan dos); y cuando logran embutir en el interior, en la imperial y en los estribos, triple número de las personas que racionalmente caben, hacen arrancar á los caballos á escape con dirección al circo. »

Esto es pintar como querer. Ni los cocheros de Madrid, aunque son tan cocheros como los cocheros del universo mundo, se permiten en la calle de Alcalá los excesos que describe el impugnador de las fiestas de toros, ni el público, que también tiene su alma en su armario, consentiría que le zarandeasen tan vilmente, ni las

autoridades, que en este punto ejercen una vigilancia que desgraciadamente se echa de menos en otras cosas, tolerarían las escenas que hacen poner el grito en el cielo á mi sensible amigo.

Lo que pasa en la calle de Alcalá es lo mismo que sucede en las estaciones de los ferrocarriles cuando se trata de tomar por asalto un tren de recreo, y me quedo corto. Lo que sucede en aquella anchurosa vía antes de los toros, sucede frecuentemente en las capitales más cultas de Europa cuando se producen grandes aglomeraciones de gente y la multitud tiene prisa por trasladarse de un punto á otro.

Pero por lo visto, son ángeles y serafines los mayores y cocheros de otros países. Por lo visto, tratan á las gentes con toda la dulzura y mansedumbre de un San Francisco de Asís... Por lo visto, las imprecaciones que leemos en la prensa extranjera, á diario—y aquí no son diarias las fiestas de toros—contra la brutalidad de los conductores de ómnibus y *fiacres*, son vana palabrería inspirada en la falsedad y la calumnia. Por eso, por lo visto, ¡sólo en nuestra calle de Alcalá ocurren vuelcos, se infringen las disposi-

ciones de policía urbana y se atropella á tal cual transeunte torpe ó temerario!

Grandemente persuadido debe estar usted de tamañas verdades, cuando todavía tiene arrestos para escribir:

Tal es el aspecto vergonzoso que presenta la mejor calle de la primera capital de España las tardes que mata Lagartijo.

¡Ah! ¡Cuán fácil es hallar aspectos vergonzosos en los cuadros más deslumbradores de la vida moderna, y aun en las manifestaciones más solemnes de la iniciativa popular!...

Entre las más recientes, ninguna tan asombrosa como la apoteosis de Victor Hugo.

Sin embargo, sus resplandores fueron velados por sombras harto ingratas, que nuestro amigo Eusebio Blasco describía de esta suerte en una carta á *La Epoca*:

«¡Qué escándalo!

»Ante el cadáver de cuerpo presente, millares de industriales han explotado su nombre vendiendo medallas, flores, coronas, bustos, canciones, versos, fotografías, libros, todo género de

artículos, que convertían los alrededores del Arco de Triunfo en una romería de las más populares, pero de las más bulliciosas. Hasta las cinco de la mañana el público ha permanecido en las avenidas que afluyen al monumento bajo el que reposaba el hombre universal, cenando, cantando, emborrachándose y convirtiendo la solemnidad en pista de carreras. Con razón Paul de Cassagnac protesta hoy en *Le Matin*, en los términos más duros, de esta noche, que deshonorá á la población seria de París. Ni una palabra más sobre esto, porque los comentarios serían tristísimos.

»En cambio, los funerales han sido cual ningunos otros, y en lo que va de siglo no se ha visto manifestación más colosal ni acto más imponente.

»La obligación de figurar dentro del cortejo nos privó del placer de admirarlo. Fué en verdad, y según opinión general, extraordinario como vistosidad. Cuanto encierra París de notable figuró en la comitiva, y aunque ésta sirvió de pretexto á muchos alardes de vanidad, no por eso fué menos asombrosa.

»La afluencia de gentes era tal, que hubo momentos en que creímos ser víctimas de la curiosidad y vernos envueltos en la masa increíble de carne humana que á ambos lados nos amenazaba con una invasión repentina. Hay que hacer justicia á la buena organización de la policía, que ha evitado en lo posible grandes catástrofes. Calcúlese la dificultad de contener, ordenar y poner en fila á dos millones de almas que ayer á las once y media de la mañana estaban en las calles ocupando, no solamente las aceras, sino los balcones, las ventanas, los tejados, las chimeneas, los árboles, todo palmo de terreno, en fin, desde donde pudiera verse el modesto *corbillard* de los pobres.

»¡Ah! Si la voluntad del ilustre muerto se hubiera respetado, no tendríamos que deplorar las escenas que en el boulevard Saint-Michel presenciábamos. Cada grupo, cada asociación, cada gremio pretendía rivalizar en lujo y en *coronas* con su concurrente; y de este modo el entierro tuvo momentos en que más parecía fiesta que duelo nacional, del mismo modo que la víspera pareció más bien verbena que velatorio.»

Quisiera yo saber qué idea formaría Navarrete del que, apoyándose en los referidos hechos y olvidando los grandiosos lados de la manifestación, hubiese dicho:

Tal fué el aspecto vergonzoso que presentaban los mejores sitios de Paris con ocasión de la muerte de Victor Hugo.

Abominar de las corridas de toros porque alguno de los coches que van á la plaza suele volcar, porque los mayores no tienen la corrección de un Metternich y porque gritan media docena de borrachos, paréceme manía un tantico *prud-hommesque*, como lo sería abominar del lujo en las carrozas, porque las mujeres honradas van á pié y las «horizontales» en *milord*; como lo sería censurar la asistencia á los teatros, porque al incendiarse estos edificios suelen ser causa de desgracias horribles; como lo sería renegar de los Parlamentos modernos y de los beneficios que han prestado á las libertades públicas, porque algunas veces se promueven tumultos y alborotos dentro de las Cámaras; como lo sería igualmente renunciar á las ventajas del Jurado, porque la muchedumbre acude á las vistas públicas

con mucha mayor turbulencia todavía que á la plaza de toros; como lo sería, en fin, renegar de la religión católica porque en las iglesias y en las procesiones suelen hacer su agosto los rate-ros, ó porque el Rosario de la Aurora concluye siempre á farolazos.



Aproximándose ya el impugnador de las fiestas de toros al *terreno*, endereza sus dardos contra los aficionados que, habiendo seguido carreras científicas, suelen ocupar su inteligencia en discutir los pormenores de la lidia al salir de los toros, con un fervor digno de más noble causa.

«Estos abogados ó médicos ó ingenieros—añade mi ingenioso preopinante—pecan más, pero mucho más contra el sentido común, que *Guerrita*, *Manene* y el *Torerito* cuando clavan un par de frente ó cuarteando, queriendo que reverdezcan en ellos los laureles conquistados por el *Lillo* y el *Cuco*, por *Matías* y por el *Regatero*...»

Venga usted acá, y ya que habla en nombre del sentido común, sepa de qué suerte han proporcionado argumentos á los amigos de las fiestas de toros los mismos Rousseau y d'Alembert, demostrando que así como nuestro apetito ha menester algunos estimulantes activos en el sazonomiento de los manjares, que irriten convenientemente las delicadas fibras del paladar, así también el ánimo ha menester afectos é impresiones más ó menos terribles que lo estimulen y conmuevan (1).

De aquí, por ejemplo, el espectáculo de la tragedia, cuyas patéticas escenas parecían á Rosseau más fieras y horribles que las del circo romano.

Decía el filósofo ginebrino, en su carta á d'Alembert:

«¿Cómo es que la tragedia puede entre vosotros hallar espectadores capaces de soportar los objetos que les presenta y las personas que emplea en su acción? Ya un hijo mata á su padre,

(1) *La Tertulia, ó el pro y el contra de las corridas de toros.*—Madrid, 1835.

se casa con su madre y llega á ser padre de sus hermanos; ya otro hijo se ve asimismo obligado á degollar á su padre; hay también quien obliga á un padre á que beba la sangre de su propio hijo... La sola idea de semejantes atrocidades que ofrece la escena francesa para recreo del pueblo más humano y dulce de la tierra, estremece. No... Yo sostendré, atestiguándolo con el asombro de los lectores, *que las muertes de los gladiadores no eran tan bárbaras como estos horriblos espectáculos. Es verdad que se veía correr la sangre; pero no se afligía la imaginación con unos crímenes que estremecen la naturaleza...*»

¡Y esto, mi querido Sr. Navarrete, lo decía Rousseau volviendo por los fueros de la humanidad!

¿Qué no hubiera dicho hoy en favor de las corridas de toros, cuya comparación con las luchas de los gladiadores sería el colmo del absurdo, y en contra del teatro contemporáneo, que tan espeluznantes é inhumanas composiciones nos ofrece, so pretexto de provocar el horror dramático?

Pero cuando el pueblo entero acude con preferencia á estos espectáculos, así á los de la plaza como á los del teatro, por algo es; y este *algo*—á que obedecen igualmente las clases populares y los individuos de educación más refinada, amén de las mujeres, que por la delicadeza de su sexo y costumbres deben ser, y de hecho son, más compasivas que nosotros—este *algo*, digo, lo definía así d'Alembert, contestando á Rousseau:

«Aunque asistiésemos á ellas, no tanto para instruirnos cuanto por sólo experimentar la conmoción que causan, ¿cuál sería en esto nuestro crimen, ni el mal de las tragedias? Éstas vendrían á ser para las gentes de forma, si me es lícita la comparación, lo que son los suplicios para el pueblo; es decir, un espectáculo á que asistirían por la sola necesidad que tienen todos los hombres de ser conmovidos. Esta necesidad, y no un sentimiento de inhumanidad, como se cree ordinariamente, es la que, en efecto, hace conducir al pueblo á las ejecuciones criminales.»

Cuando filósofos tan humanitarios como Rousseau y d'Alembert, á los cuales no podrá usted calificar de *jesuitas de capa corta*, discurrían de semejante suerte, y aun exageraban su discurso, ¿puede usted extrañar, amigo D. José, que el ilustre Echegaray, el famoso *Lagartijo* ó el valiente *Frascuelo* sean, cada cual en su esfera, los hombres más populares de Madrid?

Horror le daría á usted—estoy seguro de ello—decir que pecan contra el sentido común los hombres que rinden á Echegaray el tributo de admiración que justamente se le debe; y sin embargo, Rousseau ha dicho de los que aplaudían el *Edipo* y *Medea*, que pecaban, no ya contra el sentido común, pero contra la humanidad y contra la misma naturaleza.

¿Que esta es una lamentable equivocación de aquel grande hombre?

Lamentable es también la de usted al censurar con tanta violencia á los hombres de cultivado espíritu y gustos selectos que frecuentan las fiestas de toros y ponen vivo interés en sus bizarros lances, sin que se estraguen aquellos gustos ni se embote y pervierta aquel espíritu.

Quisiera yo ver cómo rechazaban gentilmente la acusación de pecadores contra el sentido común hombres que han enaltecido con los frutos de su ingenio la fiesta española, como Cervantes, príncipe de nuestros literatos y regocijo de las musas; Lope de Vega, á quien, como á César, podría llamarse en la literatura *monstrum activitatis*; Calderón de la Barca, grande entre los grandes; Vicente Espinel, autor insigne de la *Vida del escudero Marcos de Obregón*; Rioja, gloria del Parnaso español; Jáuregui, el ilustre traductor del *Aminta*; Luis Vélez de Guevara, el autor famoso de *El Diablo Cojuelo*; López de Zárate, que presumía de haber escrito para el teatro con todo el rigor del arte; el doctor Miguel de Silveira, cuya sangre judaica le inspiró el poema de *El Macabeo*; Antonio López de Vega, portugués, que tan ingeniosamente discurrió en sus diálogos sobre la nobleza, la riqueza y las letras; Cristobal de Salazar, gran erudito y arqueólogo; D. Francisco de Rojas, autor inimitable de *García del Castañar*; Solís, espejo y dechado de historiadores; Saavedra Fajardo, profundo autor de las *Empresas políticas* y de la

República literaria; D. Juan Ruíz de Alarcón, el Menandro y Terencio de nuestro siglo de oro Villaizán, que se vanagloriaba de haber sugerido cuanto bueno se aplaudía en el teatro; D. Antonio Hurtado de Mendoza, de gran viso en las letras y en la corte; el maestro José de Valdivielso, cuyo *Romancero espiritual* y cuyo poema de *San José* le ciñeron de gloria; el doctor Mira de Améscua, ilustre arcediano de Guadix; el licenciado Rodríguez de León Pinelo, bibliógrafo, historiador, poeta, jurisconsulto y analista de la villa de Madrid; el príncipe de Esquilache, cultísimo poeta; Pellicer de Tovar, cronista de los reinos de Castilla y León; D. Agustín Moreto, el poeta sin par de *El desdén con el desdén*; el maestro Gabriel de Roa; D. Fernando de Villalobos; D. Jerónimo Cáncer; el licenciado Balbuena; D. Jerónimo de Salas Barbadillo; Juan de Yagüe; Juan de Matos; Bocángel Unzueta, aquel culterano que describía así la salida de un toro:

Lutos su piel pronostica,
su planta sepulcros abre,
traviesa la mano, cuenta
arenas, y aun no desastres;

Gonzalo Argote de Molina, peritísimo disertador sobre deportes españoles; Avellaneda, autor de la *Floresta de entremeses y rasgos del ocio*; D. Luis de Bañuelos y de la Cerda, autor del *Libro de la Gineta*; el conde de Bornos, que escribía sobre cosas taurinas, *en nombre de un religioso de Tembleque*; D. Antonio Capmany; D. Pedro Jacinto Cárdenas y Angulo, caballero de la Orden de Alcántara; D. Rodrigo Carvajal y Robles, corregidor y justicia mayor en el Perú; Luis Quiñones de Benavente, gala y alegría de nuestro antiguo Parnaso festivo; Francisco Castro, autor de entremeses; D. Andrés Dávila y Heredia, señor de la Garena; Dávila y Palomares, de la corte de Felipe V; D. José Fernández de Cadórniga; don Nicolás Rodrigo Noveli; D. Francisco Bernardo de Quirós, autor, entre otros entremeses, del titulado *Mentiras de cazadores y toreadores*; don Diego Ramírez de Haro; D. Gregorio Tapia y Salcedo, caballero de la Orden de Santiago; don Luis de Trexo; D. Juan de Valencia, de sangre real; D. Bernardo de Vargas Machuca; D. Gaspar Bonifaz; D. Pedro Mesía de la Cerda, caballero santiaguista; D. Nicolás Fernández de Mo-

ratín, cantor entusiasta de las lides toreras y apologista de Pedro Romero; D. Serafín Estébanez Calderón, que puso las partes principales de su saber é ingenio al servicio de esta causa tan española y simpática; el duque de Rivas, que no sólo poetizaba brillantemente en honor de estas fiestas, sino que era también esforzado campeón en torear á caballo, como el famoso conde de Villamediana; D. José Zorrilla, que aunque un tantico arrepentido ahora, celebró en otro tiempo las suertes del toreo; D. Santos López Pelegrín, tan afamado por su pseudónimo de *Abenamar*; Castillo, el chispeante sainetero gaditano, cuyo género cultivan hoy con sin igual gracejo y buen humor Ricardo de la Vega, Eduardo de Palacio, Javier de Búrgos, Tomás Luceño y otros distinguidos literatos que suelen fertilizar su vena cómica con la observación de la fiesta nacional; Picón y Barbieri, autores genialísimos de *Pan y Toros*, donde, á despecho de la intención satírica, chispea y luce la inspiración torera; Fernández y González, el fecundísimo novelista; Rodríguez Rubí, el aplaudido autor; Azcona, famoso en el género andaluz;

D. Miguel López Martínez, del Consejo superior de Agricultura; Nombela, literato infatigable; Peña y Goñi, que á los merecidos lauros de la crítica musical une los de la crítica taurina; Martos Jiménez, brillante orador del Ateneo, que se encubre bajo el seudónimo de *Alegrías* para hablar de toros con culta y pulida frase; D. Eduardo de la Loma y Santos, persona de grandes merecimientos en la administración pública y en la prensa, antecesor mío en *El Liberal* con el seudónimo de *Don Éxito*; Florencio Moreno Godino, todo agudeza; Ortega Munilla y Miguel Moya, que no se avergonzarán ciertamente de haber experimentado sus privilegiadas plumas en un periódico taurino; Pérez de Guzmán, cordobés de exquisita erudición; González Brabo, el célebre ministro y fogoso orador, revistero taurino y autor de la canción titulada *Los toros del Puerto*; Conde de Salazar, ministro que fué muchos años de Marina y empleó luego su pluma en escribir un libro defendiendo las corridas de toros; Sánchez de Neira, disertador amenísimo sobre estas materias; Sánchez Lozano, notable periodista sevillano; Sicilia y Arenzana, ilustrado autor de una *Historia*

del Torero; San Martín, novelista popular; Gutiérrez de Alba, restaurador en nuestros días del género aristofanesco; Iza Zamácola, poeta y articulista de costumbres; D. Juan de Coupigny, excelente y aplaudido autor dramático; Eduardo Bustillo, cuyos romances españoles recuerdan los buenos de nuestros clásicos; Leopoldo Cano, el creador del simpático y desenfadado juez de *La Pasionaria*; Menéndez Pelayo, que en su admirable estudio sobre el *Desarrollo de las ideas estéticas en España*, ha hablado de la fiesta nacional con todo el encarecimiento propio de quien ama sobre todas las cosas los caracteres distintivos de nuestro genio y nuestra bizarría; Carmena y Millán, bibliógrafo de gran erudición y hombre de gustos delicados, en quien se juntan el amor á las bellas artes y las aficiones toreras; Velarde, el inspirado y elegante poeta, defensor acérrimo de la fiesta española; D. Antonio Cánovas del Castillo, que á fuer de profundo estadista, ha reconocido en las fiestas toreras la satisfacción de una necesidad nacional; D. Segismundo Moret y Prendergast, que se ha expresado públicamente en igual sentido, sin dejarse llevar de dulzonas

sensiblerías; D. José Luis Albareda, cuya perfecta educación parlamentaria y diplomática no le ha impedido ser uno de nuestros garrochistas más beneméritos; Castro y Blanc, uno de los maestros del periodismo contemporáneo, que todavía recuerda con gusto las revistas taurinas que escribió hace veinte años con el pseudónimo de *Don Gil de las Calzas verdes*; Eusebio Blasco, regocijo del Parnaso moderno, adorador de la fiesta española, aunque ahora, por desgracia, la adora desde lejos; D. Mariano Zacarías Cazurro, que no tiene perdón de Dios al dejar ociosa su pluma de oro; Carlos Frontaura, que al escribir *En las astas del toro*, marcó tan donosamente las diferencias que separan al toreador de verdad del torero de afición; Ramón Rodríguez Correa, cuyo vivísimo ingenio ha brillado tantas veces á la luz de las corridas de toros; Anguita, Sánchez del Arco y Sánchez Albarrán, autores de chispeantes sainetes taurinos; Ricardo Herranz, el distinguido novelista de *Curra López*; Velázquez y Sánchez, inteligente y erudito autor de los *Anales del Toreo*; D. Joaquín Arnau, brillante disertador sobre estas materias, á la par que sabio profesor y no-

table periodista; D. Juan Valera, cuyo sólo nombre es sinónimo de todas las elegancias, delicadezas y gustos; D. Manuel María de Santa Ana, el laborioso é infatigable periodista; Mariano Araus, perfecto dechado del periodista español moderno; Julio de Vargas, que ha hecho del *reportage* un arte lleno de elegancia, discreción y malicia, y que lo ha aplicado también á las fiestas de toros; Salvador Rueda, que ha celebrado en los primorosos romances del *Poema Nacional* todos los aspectos de la función taurómaca; Miguel Ramos Carrión y Vital Aza, hijos privilegiados de Tirso de Molina; el presbítero Sbarbi, uno de nuestros primeros eruditos y uno de los amantes más acérrimos de las cosas patrias; Pérez Galdós, el ilustre novelista, y Palacio Valdés, el discretísimo observador, cuyas respectivas descripciones tauromáquicas en *La Familia de León Roch* y en *Riverita*, prueban la honda impresión que en sus temperamentos artísticos causa este pintoresco y vigoroso espectáculo; Manuel Matosés, el festivo y popular literato; Puente y Brañas, el aplaudido autor de *Pepe Hillo*; Angel Rodríguez Chaves y Pedro de Gorrioz, poetas, periodis-

tas y autores dramáticos; Emilio Sánchez Pastor, defensor de Sagasta en *La Iberia* y en las Cortes de la nación, de *Frascuolo* en *El Toreo* y en las conversaciones particulares, y de la sal española en sus graciosísimos juguetes cómicos; Pepe Estrañi, el punzante y agudo escritor santanderino; Luis Royo, y Villanova, el gallardo y ameno escritor zaragozano; Adolfo Llanos, el intencionado autor de *Tauromaquia femenina*; mis muy queridos amigos Joaquín Mazas, José de la Serna, Eugenio Sagarzázu, Fiacro Iraizoz y Federico Mínguez, que en *El Globo*, en *El Resumen*, en *La Iberia*, en *La Lidia* y en *La Correspondencia de España*, dan muestras tan brillantes de su buen gusto y diversas aptitudes; y aquí me detengo ¡oh mi buen Sr. Navarrete! no por falta de nombres que citar, sino por falta de espacio y por no convertir estas breves páginas en otro *Anuario de las veinte mil señas*, como el de Bailly-Baillièrre (1).

(1) No hago mención especial de los escritores exclusivamente taurinos, por no alargar en demasía esta nomenclatura, y porque su carácter profesional—por decirlo así—daría lugar á que fueran recusados por los impugnadores del toreo.

Y si, aparte de los hombres cultos que con su pluma ó su palabra han defendido, ensalzado ó justificado las corridas de toros, fuéramos á contar los que las protegen y dan vida con su asistencia puntualísima, crea usted que figurarían en nuestra lista casi todos los que figuran en el vigente censo electoral por su capacidad intelectual ó por sus cuotas de contribuyentes.

Aquello de que la mayoría de los españoles no saben leer ni escribir, no reza con los asistentes habituales á las corridas de toros. El precio que hay que desembolsar para presenciarlas va alejando de ellas más y más, según pasa el tiempo, á la plebe ruda, ignorante y pobre, que en Madrid al menos—ya que en Madrid se fija principalmente el impugnador de estas fiestas—llena los ventorrillos de los alrededores, distrayendo sus ocios domingueros con los ponzoñosos tragos del peleón y la infame esgrima de la navaja.

La inmensa mayoría del público que llena entre tanto la plaza de toros, sabe leer y escribir; y de esa inmensa mayoría, una gran parte ostenta títulos académicos ó grados eminentes en todas

las carreras nobles y cultas, pudiéndose afirmar que esa selecta muchedumbre no va al circo impulsada por vana curiosidad ó por apetitos malos, cuando la vemos moverse, con unanimidad perfecta, á impulsos de juicios é ideas que no se pueden confundir con el capricho del momento, porque dependen de una educacion técnica y de un conjunto de leyes especiales, como ocurre en el ejercicio de la caza, en las luchas cuerpo á cuerpo, en el manejo de las armas, y en todos los esfuerzos humanos, donde se combinan á una la viveza intelectual con la serenidad del espíritu, y la gracia personal con el vigor de los músculos.

¡Que hay señoritos apasionados del toreo por su misma brutalidad y barbarie! ¡Que algunos de ellos se ponen de parte del toro! ¡Que no pierden una sola corrida, y sin embargo, son enemigos mortales de la fiesta! ¡Que les gusta, en fin, recibir badilazos en los nudillos!

Así como otros no vamos á las carreras de caballos, por no aburrirnos en aquel monótono espectáculo, por no ver á un *jockey* romperse estúpidamente la crisma, por no emborracharnos

á la vista del respetable público, y por no perder el dinero en manos de *bookmakers* infieles ó de *sportmen* demasiado enterados de los misterios del *pésage* y de las cuadras, así también sería de desear que aquellos aficionados vueltos del revés, cuyos extravagantes testimonios cita el señor Navarrete, cesaran de asistir á un espectáculo que tanto les molesta, y nos dejaran solitos á los seres feroces que nos ponemos de parte del hombre, y no del toro.

¿Qué dirían estas buenas almas del que se fuera á una expedición venatoria á protestar contra el salvajismo de los cazadores, y á ponerse de parte de los ciervos?

¿Qué dirían estos espíritus generosos del que se fuera á un matadero á insultar á los matarifes, y á ponerse de parte de los cabritos?

¿Qué dirían estos modelos de sensibilidad del que se presentara en un merendero de las afueras de Madrid, injuriando á la guisandera y poniéndose de parte de los caracoles?

¿Qué dirían, en fin, de estos hombres que, padeciendo tanto al ver matar inocentes ciervos, degollar apacibles cabritos y freir candorosos

caracoles, se obstinaran en asistir de continuo á las cacerías, á los mataderos y á las cocinas de los ventorrillos?

Y no hablo del tiro de pichón, porque las palomas sacrificadas allí á traición y á sangre fría, no tienen cuernos, adminículos indispensables, por lo visto, para despertar la compasión de estos peregrinos «aficionados.»

Pero lo ridículo no se discute; y lo absurdo no se contesta sino con hechos como éste que copio de las noticias dadas sobre la primera corrida de la actual temporada, por *El Arte Taurino*:

«Triviño, autor de una carta muy ingeniosa escrita á Navarrete en apoyo de su tesis anticornuda, ponía el grito en el cielo y apostrofaba desde su barrera del 2 al presidente, porque había impedido que el toro abriera en canal á un par de caballos, tocando á banderillas antes de tiempo. Una cosa es predicar, y otra dar trigo.

—¡Trigo!... diría Navarrete, olvidándose de que es antitaurómico. ¡Ese es un picador!

No cabe un testimonio más elocuente de que la cartita del simpático García Triviño ha sido pura y simplemente una humorística *boutade*

lanzada quizá al día siguiente de alguna corrida que pondría nervioso á este inteligente aficionado; así como también, á medida que se penetra en el libro del Sr. Navarrete, cobra mayor fundamento la sospecha de que el impugnador de las fiestas de toros se ha dejado llevar en la ocasión presente, más que de sólidos y serios razonamientos, de caprichosas antipatías ó de pasajera irritabilidad.

No de otro modo se explican las palabras de *sandez*, *necedad*, *majadería* y otras con que obsequia el Sr. Navarrete á los defensores de las corridas; palabras ciertamente de muy escaso valor después de la brillante y numerosa lista que acabo de formar á vuela pluma.

Si todos los que en ella figuran son sandios, y necios, y majaderos, ¡voto á Dios que los aficionados á toros se embrutecen en muy buena compañía!



También los hijos de la culta Francia han querido embrutecerse á la moda española, seducidos quizá por la propaganda hecha á favor de nuestro pintoresco espectáculo nacional por Ale-

jandro Dumas en sus *Impresiones de viaje*, por Teófilo Gautier en su *Viaje por España* y en *La Melitona*, y hasta por el frío é indiferente Próspero Merimée en su admirable *Carmen*; sin contar con la impresión que de antiguo pudo producirles el consejo que Juan Jacobo Rousseau daba á la nación polaca, diciendo á su heroica y brillante juventud:

Una gran nación debe sostener sus usos propios, que siempre le son ventajosos y contribuyen al mantenimiento de su independencia... No han contribuido poco las corridas de toros al sostenimiento del vigor en la nación española.

¡Y admírese, asómbrese, pásmese, escandalícese é indígnese mi buen D. José! El sentimental filósofo ginebrino concluye recomendando á la juventud polaca la adopción de nuestra fiesta.

Los polacos, claro está, no se cuidaron de empuñar la garrocha, de manejar la muleta y de tirarse á volapié con el afilado acero. En cambio—¡no parece sino que Rousseau fué profeta!—la pobre Polonia ha sido picada, banderilleada, muerta á estoque, rematada con puntilla,

arrastrada al corral y descuartizada luego por los implacables rusos.

—¡Pero, dirá usted, los rusos no han adoptado el arte de Pedro Romero y Francisco Montes!

Es verdad; los rusos no tienen para qué parodiar ni imitar la fiesta española, porque poseen ya sus famosas peleas de osos y sus bizarrísimas luchas con los osos mismos, que constituyen la característica de su espíritu nacional y del clima en que viven; como es, *mutatis mutandis*, lo que se trataba de demostrar aquí y lo que nadie ha contradicho allí, abominando de estos propios y genuinos alardes de la valentía humana frente de las fuerzas de la naturaleza.

Volviendo, pues, á la nación francesa y á los diversos intentos que ha habido de transportar allí las corridas de toros tales como hoy las vemos, el Sr. Navarrete considera grandemente digno de loa el proceder del Gobierno de la República prohibiendo la importación de semejante espectáculo.

No he de ir yo á la mano á mi querido amigo en estos elogios, porque más sabe el francés en su casa que el español en la ajena. Por lo que

no puedo pasar ¡oh mi Sr. D. José! es por que usted afirme que la algarada en favor de las corridas la promovieron últimamente algunos legitimistas rancios.

Verdad es que algún diputado del Mediodía de Francia dirigió una pregunta al Gobierno acerca de dicha prohibición, movido del deseo de dar esta leve satisfacción á los gustos taumáquicos de sus electores; pero la cosa no pasó de ahí. A lo que se atuvieron los legitimistas rancios fué á la pastoral que publicó entonces el obispo de Nimes contra las corridas de toros, fundándose principalmente en la famosa bula de Sixto V, mientras las autoridades civiles y militares de la República en aquellas comarcas meridionales unían sus aplausos á los que tributaba la muchedumbre al intrépido *Frascuolo*.

Cuando se quiso, por aquel entonces también, contratar á este famoso espada para torear en París, se suscitó ardiente polémica entre los periódicos de la capital, y á fe, Sr. Navarrete, que no fueron los periódicos legitimistas y católicos, desde *Le Gaulois* hasta *Le Monde*, los que más cortos se quedaron en atacar el espectáculo tau-

rino, ni los periódicos republicanos é independientes los que con menos desenvoltura se mostraron dispuestos á aceptar esas emociones, que—según el maravilloso poeta de *Émaux et Camées*—valen más que todos los dramas de Shakespeare.

Recuerdo á este propósito que *La Presse*, el antiguo periódico de Emilio de Girardin, publicó un artículo en su primera plana, titulado *¡Viva la corrida!*, donde se demostraba que la sensibilidad es una perversión de la sensibilidad; que mientras se fundan sociedades protectoras de los seres irracionales, nadie se cuida de aplacar el hambre de mil y mil semejantes nuestros; que cuando el sentimentalismo sufre desviaciones tan estrambóticas, hay que temblar por el sentido moral de todo un pueblo; que es pueril indignarse ante el espectáculo de un toro estoqueado, mientras se hace sufrir tormentos indecibles á los patos cebones que no han de alimentarnos, sino satisfacer una gula brutal; que es absurdo protestar contra la cornada que pueda sufrir un mal jamelgo, y ver luego con alborozo y complacencia cómo un soberbio caballo se

rompe una pata ó cómo se revienta en una carrera de obstáculos; que la intrepidez de los lidiadores españoles trae consigo una sana y fuerte enseñanza; que la gallardía, en fin, con que arriesgan su vida y predicán el desprecio de la muerte, es un ejemplo de virilidad que hace falta á un pueblo de costumbres afeminadas y corrompidas.

Estas, poco más ó menos, eran las palabras de todos los periodistas que defendían el espectáculo español; y es muy de notar que los escritores que atacaron las corridas de toros se expresaron en términos más depresivos todavía para las costumbres francesas que para los gustos españoles.

Mermeix, el cáustico redactor de *La France*, protestaba contra las fiestas taúromáquicas desde un punto de vista poco halagüeño para sus compatriotas. «De sobra tenemos en Francia—decía—ídolos bajos y vulgares á quien adorar. Si los españoles se interesan, ora por *Frascuélo*, ora por *Lagartijo*, aquí nos prendamos de Pezón ó de Bidel, cuya rivalidad ante los leones no es más simpática que la de aquéllos ante los toros.

Para divinidades de baja estofa, bastante tenemos con los *jockeys*, los luchadores de las ferias, los saltimbanquis de los circos, y los grotescos cantantes de los cafés-conciertos. No tenemos nada que envidiar ni que pedir á los españoles.»

Así se expresaba un detractor de nuestra fiesta, sin advertir la diferencia formidable que hay entre un espectáculo, sanguinario si se quiere, pero viril y robusto, y esas otras diversiones corruptoras, afeminadas y degradantes, frutos viciosos de la decadencia.

Así lo entendía el profundo cronista de *L'Événement*, que se encubre con el diabólico antifaz de Mefistófeles, cuando fustigaba rudamente al público parisiense que se dirigía en tropel, con las clases aristocráticas al frente, á aplaudir á *la Goulue* y *Grille d'Égout* (motes que en castellano significan *la Tragona* y *Verja de Alcantarilla*), cuyas *cuadrillas* naturalistas eran de tal género, que al lado de aquellas dos reinas de los escenarios de París—añadía el literato francés—la Nana de Zola era un trasunto de la Concepción de Murillo.

Y no se mostraba menos indignado contra

estos viles apetitos del público francés, comparándolos con las violentas aficiones del público español, el notabilísimo literato Elémir Bourges, autor de *El crepúsculo de los dioses*; el cual, sin perjuicio de censurar la lidia de reses bravas, y sin perjuicio también de reconocer lo pintoresco y deslumbrador del espectáculo, decía así en *Le Gaulois*:

«...Estos combates á la luz del sol, tan ensalzados por nuestros escritores de la época romántica, ofrecen un interés harto superior al de nuestros dramones tenebrosos, embrollados folletines y noveluchas judiciales. Las gentes de pasiones ingenuas y sencillas, que tienen lo que llamaba Pascal *las opiniones sanas del pueblo*, se sienten hondamente conmovidas ante el duelo del hombre y la fiera. Si hubiese en París corridas de toros, á los treinta días de su inauguración habría bajado enormemente la tirada del *Petit Journal*. Sobre esto no cabe duda. Nótese, por otra parte, que á fin de tributar cumplido homenaje al peligro, suenan alegres y seductoras músicas, ostentan las mulillas vistosos arreos, lucen profusamente los toreros, oro, plata y sedas de

colores, desplegándose, en fin, tal conjunto de ceremonias, que producen verdaderas convulsiones de placer, harto más atractivas para los artistas y la gente del pueblo que las sesiones de la Cámara de diputados.

«Creo, por lo demás—seguía diciendo el escritor parisiense—que no presenciaremos en París este espectáculo; porque las corridas de toros, populares en España, son impopulares en nuestro país. Los que quieren aclimatarlas pierden el tiempo. Y no es, como se dice vulgarmente, porque la sangre derramada y los destrozos de la lucha inspiren horror y asco. Es pura y simplemente porque aquí no tenemos costumbre de ver corridas. En el *Dialogue du chapon et de la poularde*—folleto publicado en 1763 contra los sanguinarios placeres de la caza—se encuentra una de esas frases tristes y profundas que conviene repetir á menudo: *los hombres jamás experimentan remordimientos por los actos que tienen costumbre de ejecutar*. Esta frase explica la afición secular de los españoles, altos y chicos, nobles y plebeyos, cultos é ignorantes, á las corridas de toros. Esta frase explica también la indiferencia

con que aquí presenciarnos entretenimientos tan crueles, por lo menos, como la tauromaquia; ¿Quién de nosotros, esgrimidores de la pluma, ha pensado en protestar contra las matanzas de faisanes ó contra la caza del ciervo? Y sin embargo, este último placer es más atroz que la lidia española. El resultado es quizá más sanguiinario. Me parece que las dentelladas de los perros son tan terribles como los hierros de las banderillas. La *curée* del fin, que se da en espectáculo á la sociedad más selecta en los castillos de reyes, príncipes y potentados, no es más digna de verse, ni más noble, que la corta agonía de un toro sobre la candente arena. No obstante, lo mejor de la sociedad francesa cifra todo su orgullo en la caza del ciervo. Los *piqueurs* tocan la trompa; los cazadores se pavonean con la cascaca encarnada; las damiselas más relamidas los siguen á caballo ó en coche; el resultado de la cruenta diversión se describe prolijamente al otro día en los periódicos, y la cultura francesa se queda tan tranquila como los cazadores mismos, que no han corrido peligro alguno en la persecución de la res.»

¡Cuántos y cuántos testimonios, por el estilo de los que acabo de citar, podría oponer á las diatribas que dirige usted, señor Navarrete, á los partidarios del toreo!

Con sólo ir copiando esos argumentos, se formaría un grueso volumen; pero no quiero en este punto de la discusión más que preguntar á usted—después de los elogios que tributa al Gobierno de la República por haber prohibido la importación de las corridas á la española—por qué no censura, en justa reciprocidad, al mismo Gobierno por la protección que otorga á las corridas francesas.

Porque también los franceses ¡oh mi querido compatriota! presumen y alardean de tener *leur petite tauromachie*; y usted, que ha residido largo tiempo en la Francia meridional, no ignora que los esparcimientos taurinos de aquellas comarcas, las más alegres, las más simpáticas y las más inteligentes de la culta nación francesa, son esparcimientos de tal índole, que á su lado resultan humanitarias y de buen gusto las novilladas de Getafe, Parla y Vallecas.

Las autoridades han intentado en algunas

ocasiones prohibir esos solaces; pero siempre han tenido que desistir de semejantes propósitos por miedo á una insurrección inmediata. Así lo dice el escritor francés M. Etienne Gervasy. Nadie ha olvidado—según él—en el departamento del Gard los violentos apóstrofes del obispo Plantiers, pero sus elocuentes palabras eran inútiles. Todos recuerdan allí que el subprefecto de Arlés estuvo á punto de ser arrojado al Ródano en 1883 por la muchedumbre irritada, á causa de haber querido prohibir estas expansiones populares, que acababan de costar la vida á dos ó tres hombres.

¡Y qué expansiones, Sr. Navarrete!

No para instrucción de usted, que debe conocerlas, sino para edificación del público y para que las comparen mis lectores con la lidia que practican en España toreros de oficio, voy á traducir la descripción que hace de ellas el referido M. Gervasy, partidario mal disimulado de las mismas.

Dice así:

«Apenas se acerca el verano, se verifica una corrida cada domingo. Un empresario anuncia,

por medio de inmensos carteles, los nombres de los toros, las ganaderías de donde proceden y hasta los pastores que los han criado. Los toreadores son aficionados de Nimes ó de las cercanías. Todavía recuerdo el nombre de un picapedrero que hace años tomaba parte en todas las corridas. Se llamaba Matto: estaba cargado de familia y apurado de recursos. Cuando la res era de algún cuidado, Matto se mostraba prudente y se largaba del circo, al compás de una estrepitosa silba y de estas exclamaciones en són de burla: *¡Matto, no te pierdas, que tienes familia!*

Las reses llegan por la noche, entran al galope por el camino de Arlés y se dirigen hácia los toriles establecidos bajo las grandes arcadas del antiguo circo romano. Al frente del ganado viene *lomenaire*, el cabestro mayor, y á derecha é izquierda del tropel, los pastores montados á caballo, y empuñando sólidos tridentes que les permiten mantener dóciles á los toros.

A la una de la tarde se abren las verjas, y entran hombres, mujeres y niños, por la modesta cantidad de cincuenta céntimos. Algunos pilluelos se cuelan, por el precio más módico todavía,

de un par de puntapiés. Suena el clarín municipal, se abre el toril y aparece el primer toro, que visto desde lo alto de aquel monumento y en medio de aquella extensa arena, no abulta más que un mosquito. El animal, que ya ha sido corrido, ó que se siente deslumbrado por el sol y asustado por la algazara, vuelve grupas y huye por la puerta del corral, al compás de un inmenso coro de mofa y desprecio. Si, por el contrario, la res es brava, corre hácia los lidiadores, que se apresuran á saltar inmediatamente la barrera.

»Vuelven en seguida nuestros hombres á excitar al bruto, que según acomete ó huye, escapan de él ó lo persiguen. A esto, y á algunos saltos con la garrocha, á alguna que otra pelea cuerpo á cuerpo con la res, y á tal cual cucarda o moña que le pegan en la frente, se reducen los atractivos excepcionales de esta función. Cada toro permanece en la arena durante un cuarto de hora, hasta que le abren las puertas para que se retire. Sale el segundo, luego el tercero, y así sucesivamente, hasta jugar los seis anunciados. Todos seis se retiran vivos y sanos del circo. No siempre se puede decir lo mismo de los lidiado-

res (1). He aquí el espectáculo por el cual las nueve décimas partes de los hijos de Nimes se dejarían hacer pedazos, antes que consentir su prohibición.

»En las corridas de los pueblos toman las cosas más violento carácter. Resuelta la celebración del espectáculo, se dispone en una vasta planicie un cuadrilátero compuesto de una serie de carretas arrimadas unas á otras. Colócanse en ellas las mujeres, y, detrás, en gradas, tablonés y escaleras de mano, el resto de la muchedumbre.

»La noche antes han salido á caballo los mozos del pueblo á buscar las reses, cuya llegada es el gran atractivo de la fiesta, así como lo más divertido de la llegada consiste en favorecer la evasión de alguno de los rumiantes, contribuyendo al mayor regocijo de la plebe la pesadumbre del campesino que ve destruida su heredad ó su cosecha por la res fugitiva, ó el terror que se apodera de alguna familia pacífica cuando ve penetrar furiosamente en su morada á un huésped tan enojoso.

(1) Es decir que los hombres pueden perecer. Los toros, no. (*N. del A.*)

»La corrida empieza temprano, pero los lidiadores no son, como en la ciudad, unos siete u ocho. Hay golpes y cornadas para todo el mundo, y baja á la arena todo el que quiere, con gran riesgo de hacerse *bachoucher* por el animal, como se dice en el *patois* de aquellas comarcas. Los golpes y empujones se suceden unos á otros; las gentes, ora perseguidas por el bruto, ora rodeándole tumultuosamente, ruedan en confuso montón, y cuando el cornúpeto da á alguien un fuerte topetazo, le voltea ó le abre las carnes, entonces el entusiasmo del público llega hasta el delirio; los espectadores saltan con verdadero frenesí, y el tamboril y la gaita entonan la tradicional cancioncilla del país:

*S'ero restá din soun oustau,
la bana dau biau
i'oré pas fá mau;*

lo cual quiere decir que, si el herido se hubiese quedado en casa, el cuerno del buey no le hubiera hecho daño.

»Esta humorística manifestación es el único bálsamo que se concede al herido.»

Y ahora pregunto yo:

¿Qué diría el Sr. Navarrete de nuestras corridas, de nuestras verdaderas y formales corridas de toros, si el público se entregase en ellas á manifestaciones igualmente cultas y caritativas?

¡Los pelos se me ponen de punta con sólo pensarlo!

El revolcón más insignificante que sufre en la plaza el más insignificante de los lidiadores, hace prorrumpir al público en un clamor unánime de interés, simpatía y conmiseración, al cual suceden fervorosas aclamaciones y aronadores aplausos, cuando otro diestro se lleva á la fiera con un quite de esos que han dado renombre á la elegante habilidad de *Lagartijo* ó al arrojo incomparable de *Frascuelo*.

Yo, mi querido D. José, siento consignarlo; pero esto prueba que el público español va á los toros, no á ver desventuras, sino á presenciar alardes de gracia y ejercicios de valor, mientras el público francés del Mediodía cifra el mayor mérito de sus ridículas corridas en que el *biau* desmondongue á algún padre ó á algún hijo de familia, cuya sangre tiene el don de regocijar á la

muchedumbre y cuya desgracia ha inspirado un aire musical que acaba de alegrar los corazones.

Lo cual no impide—vuelvo á repetirlo—que aquellos vecinos nuestros sean para los detractores de España mil veces más ilustrados é inteligentes que nosotros; cosa que, después de todo, tiene algún fundamento, porque el territorio del *biau* da á Francia contingente más numeroso y brillante que las demás provincias, de artistas y políticos, literatos y sabios, hombres de iniciativa fecunda y varones que ilustran los ramos todos de la cultura moderna.

Todo lo que llevo dicho es más claro que la luz del día; pero no convencerá á los enemigos *por que sí* de la fiesta española. La luz del día les ofende, no por nada, sino por lo torero que es el sol que alumbra nuestra tierra.



Y cate usted, mi ilustrado contrincante, que llegamos á un punto y hora en que ambos estamos de acuerdo.

Gran sandez y necedad, según usted, es la de querer disculpar la lidia de reses bravas con las

brutalidades extranjeras, como son, por ejemplo, el bárbaro y repugnante pugilato inglés y las luchas de los norteamericanos con perros de presa dentro de jaulas. Estoy conforme con usted. Los aficionados á toros que aleguen semejantes disculpas merecen un albarda, por el delito de comparar la fiesta española, tan gallarda, tan pintoresca, tan llena de atractivos y tan bien rodeada de ceremonioso aparato, con esas otras luchas, que ni siquiera me atrevo á llamar brutales, por no ofender á los brutos de nacimiento.

Ni siquiera en broma admito la comparación entre nuestro espectáculo nacional y esos alardes de bestialidad con que se manchan dos de los pueblos más cultos de la tierra. Ni en broma tampoco, cuanto menos en serio, he de tomarme el trabajo de rectificar el fantástico paralelo que establece usted entre las corridas de toros y las correrías de los moros de rey en Marruecos; porque de aceptar la polémica en este terreno, podría yo decir á usted y á los que le sigan en su aversión á la lidia de reses bravas:

—¿Cabe comparación entre el pueblo de pan

y toros y el pueblo sin toros y sin pan, que da pasto á sus sanguinarios instintos y feroces reivindicaciones saqueando brutalmente las tiendas de las principales calles de Lóndres y apaleando con sin igual cobardía á inofensivas damas, mientras la flor y nata de las fuerzas británicas se consagra en la India á ejercer sobre un pueblo simpático y desgraciado el más odioso de los despotismos y el más inicuo de los despojos?

Laméntase el Sr. Navarrete, después de su extravagante paralelo entre las fiestas de toros y las luchas de los moros de rey con las kabilas marroquíes, que España haya llegado á tan poco, que se contente con ser conocida en el mundo por la nación de los toreros.

¡Jesús, y lo que ciega la pasión!

Esa salida, impropia de un hombre tan distinguido, está á la altura de aquellas preocupaciones del vulgo, cada día más desterradas por fortuna, según las cuales Francia es una nación de peluqueros y *cocottes*; Italia, un pueblo de cantantes y bailarines; Portugal, un puñado de fidalgos vanidosos y hambrientos; Inglaterra, un montón de

boxeadores y borrachos, y así sucesivamente.

Harto sabe usted, por haber residido tanto tiempo en el extranjero, que el lustre de España se abrillanta cada día más, gracias á la soberana maestría de nuestros pintores, al creciente y próspero cultivo de las letras, á los estudios de nuestros hombres de ciencia, y hasta á los esfuerzos gigantescos de muchas industrias nacionales, por luchar ventajosamente con las extranjeras; sin que sean de olvidar los justos títulos de consideración que disfrutan en todo el mundo, á despecho de la mala fama de los políticos españoles, estadistas tan serios y profundos como Cánovas, Castelar, Salmerón y Pi Margall, y sin que tampoco puedan omitirse—por lo mismo que se cacarea tanto nuestra decadencia y abatimiento—aquellas recientes manifestaciones del pueblo español, triste y empobrecido, en pugna con un imperio formidable y codicioso, cuyas pretensiones hubieron de ceder ante un movimiento de tal dignidad y nobleza, que nos atrajo las fervorosas simpatías de todo el mundo civilizado.



Ya que no admito ni puedo admitir la comparación entre las barbaridades que usted ha citado y las fiestas de toros, acepto sin inconveniente la establecida entre nuestras corridas y las carreras de caballos, entre nuestro espectáculo favorito y los ejercicios acrobáticos.

Respecto de estos últimos, la justicia obliga á usted á hacer una confesión preciosa.

Héla aquí:

«Respecto á los ejercicios ecuestres y gimnásticos en los circos, lo mismo en España que en el extranjero, disfruta el público, no tanto con la habilidad de los artistas, como con la posibilidad de verlos descostillados. Anúnciese por una empresa que los ejercicios más maravillosos van á ser ejecutados en los trapecios ó sobre la cuerda tirante, sin riesgo alguno para los acróbatas ó funámbulos, y la ruina de los empresarios es inevitable. El más prodigioso salto nada vale sin la salsa de que tal vez se rompa el volatín el esternón. Esto es doloroso, pero indudable.»

Estas líneas constituyen la más plena y palmaria justificación del amor que siente el pueblo español por la peligrosa lidia de reses bravas.

¿Qué vehemente atractivo es éste de los espectáculos en que el hombre se coloca á dos dedos de la muerte, que tan poderosa é incontrastable influencia ejerce sobre todos los públicos del mundo, desde los más atrasados hasta los más elegantes? ¿Cómo se explica que las sociedades más refinadas de Europa, la de París, la de Viena, la de Londres, la de Florencia y la de San Petersburgo sean las que muestran más afición á estos espectáculos, y las que disimulan sus peligros, cuando no su inmoralidad, con más primores de ostentación y lujo?

Las fiestas y ferias no se comprenden en ninguna parte de Europa y América sin funciones de títeres y gimnasia. Los circos ecuestres y las *ménageries* funcionan diariamente en todas las ciudades de alguna importancia. El *clown* y la *écuyère* reinan como soberanos absolutos, hasta el extremo de que á alguno de aquellos payasos se le haya visto públicamente en compañía del príncipe de Gales, y hasta el punto de que una de estas amazonas por contrata—muerta hace poco tiempo del modo más trágico—haya figurado en grabados y fotografías, retratada á la par

de su íntima amiga la emperatriz de Austria.

¡Qué más! Mientras los aristócratas españoles derriban vacas ó acosan reses en el campo—empresas harto útiles para el vigor físico—ó se contentan con lidiar novillos y becerros—diversión más pueril y de menos fuste—los aristócratas de otras naciones se dedican á imitar, con grave desdoro de sus apellidos y de sus pretensiones, á los más grotescos y rebajados saltimbanquis.

Da náuseas leer las descripciones que la prensa de París y Viena ha hecho de ciertas fiestas, dadas por la sociedad más selecta de aquellas capitales. En esas *soirées* se ha llegado, no ya á parodiar el arrojo de un Leotard—que por cierto murió á consecuencia de sus ejercicios—y las divertidas bufonadas de un Kennebel, sino hasta el vergonzoso espectáculo, dado por un mancebo cuyo título nobiliario es de los más famosos de Europa, que se presentó con el talle ceñido por el vaporoso tonelete, con las masculinas piernas cubiertas por el *maillot* que finge sonrosadas é incitantes carnes, con el hombruno rostro cuidadosamente afeitado y arrebolado, y

con los brazos emulando en blancura los de cualquier Venus de á dos luises.

Y sin embargo, ¿se atreverá alguien á decir que estas escenas, algo edificantes, rebajan el nivel general de la cultura de un pueblo? ¿Osarán los *esprits moroses* deducir de la afición que por todas partes inspiran los ejercicios acrobáticos, consecuencias de atraso y envilecimiento, que niega el constante progreso contemporáneo? Pues estos cargos, siempre ilógicos y pueriles, no serían tan pueriles é ilógicos como los que nos hacen en igual sentido los enemigos de las funciones taurómacas.

Y cuenta que, desde el punto de vista humanitario y sentimental, es muy superior el toreo á los ejercicios acrobáticos, advirtiendo que me refiero al toreo profesional, por decirlo así; pues de las brutalidades que haga cualquier pastor en campo abierto, ó cualquier lugareño en la fiesta de su villorrio, es tan responsable la tauromaquia como puede serlo el noble ejercicio de la caza de los mil y un desastres que acontecen diariamente á los cazadores torpes ó brutales, ó como puede serlo también el bello arte de la

música, de los horribles atentados con que á cada paso nos atormentan las damiselas aficionadas á tocar el piano y los músicos callejeros consagrados á rascar el violín.

La preparación que sufren los hombres, niños y mujeres á quienes vemos trabajar todos los días en los circos, es modelo de crueldad sistemática y dechado de lenta tortura. Por eso las desgracias á que dan lugar estos trabajos, con ser tantas y tan terribles las que ocurren ante el público, son infinitamente más numerosas y tristes en los oscuros y misteriosos senos del aprendizaje.

Aterraría á los más indiferentes una estadística de los niños estropeados, mujeres deformadas y hombres maltrechos que han empezado por sufrir crueles tormentos y han acabado por sucumbir miserablemente, para que algunos seres más privilegiados que el resto de esa muchedumbre infeliz, nos ofrezcan en los circos esos espectáculos de dislocación inhumana, de fuerza bestial, de equilibrios peligrosísimos y de insensato arrojo, en que ora se ve á un padre jugar con tiernas criaturas como si fueran pelotas de goma,

ora se ve una débil mujer encerrándose con media docena de leones en una jaula, ya se contempla á un modelo de esposos disparando á balazo limpio sobre su dulce esposa, y matándola al fin, como aconteció con el famoso capitán Paine, ya se admira el tino de otro marido ejemplar que va clavando en torno de la mujer propia unos cuantos afilados puñales, con gravísimo riesgo de dejarla en el sitio.

Y ya dijo el ilustre pensador D. Jaime Balmes, adversario de las corridas de toros, que «si se formara un estado comparativo entre las desgracias ocurridas en esta diversión y las que acaecen en otras clases de juegos, como las corridas de caballos y otras semejantes, quizás el resultado manifestaría que la costumbre de los toros, bárbara como es en sí misma, no lo es tanto, sin embargo, que merezca atraer esa abundancia de afectados anatemas con que han tenido á bien favorecernos los extranjeros.»

Sin salir de la primera semana de toros de la actual temporada de 1886, puedo citar á usted, señor D. José, el gravísimo accidente ocurrido en Valencia al gimnasta Leony; el percance de

que fué víctima en Bruselas la acróbata española Sra. Navarro, que cayó de un trapecio y fué retirada moribunda; la muerte de un prestidigitador en las islas Baleares, á causa de la explosión de ciertos aparatos; el terrible accidente sufrido por un *jockey* en las carreras de Madrid, y la muerte de otro en las de Barcelona. Durante el espacio de tiempo en que ocurrían estas desgracias—sin perjuicio de las mil y una de igual clase que acaecerían en el resto del orbe—jugábanse en nuestra península unas veinticinco corridas de toros, y de ninguna de ellas salió lidiaador alguno para el hospital.

La primera desgracia seria ocurrida en la presente temporada, y para eso tampoco fué seguida de muerte, ocurrió en la plaza de Málaga, donde el bandillero *Melo*, contratado, como sus demás compañeros, para lidiar novillos, fué cogido por un toro marrajo de seis años: lastimosa circunstancia que motivó la intervención de la autoridad judicial en el asunto, á fin de exigir á aquella empresa la debida responsabilidad.

En cambio, ni la autoridad judicial, ni las almas sensibles, ni los filántropos falsificadores de

la caridad, ni los oradores cursis, ni los protectores de cuadrúpedos y alcornoques, ni los órganos del sentimentalismo traído del extranjero sin pagar derecho de aduana, hicieron ni dijeron nada en condenación del espectáculo que dió ocasión, el domingo 13 de Junio, á la horrible desgracia acaecida en el circo de Price de esta corte, á la gimnasta húngara Stena Rodoska.

Nadie, que yo sepa, hizo notar entonces las diferencias que existen entre el público de los toros y el del circo; porque mientras el primero se complace en avisar á los lidiadores el menor peligro que les amaga, y obliga al picador á no apurar un caballo con riesgo de la vida propia, é impide al matador colocarse en suerte de la cual no pueda salir, el público del circo no se recrea sino en solicitar de los artistas, sean hombres, mujeres ó niños, ejercicios cada vez más violentos, más expuestos y más atroces. Víctima de estos apetitos de la muchedumbre, manifestados aquella noche por medio de descomunal gritería, vióse obligada Stena Rodoska, después de haber practicado sus trabajos de costumbre,

á ejecutar otro que había hecho con gran éxito en noches anteriores, y que no había creído prudente disponer para aquella función, quizá por no tener confianza en la solidez del aparato, quizá por no tenerla en sus propias fuerzas, pues la infeliz—¡detalle lastimoso, que no ofrecen, mi querido D. José, ni el *Chuchi* ni el *Ostión!*—iba á entrar en el quinto mes de su embarazo.

Nada de esto tuvo en cuenta el público; la desgraciada subió, empezó á vacilar, perdió la cabeza á la vez que se rompía cierto alambre, y cayó precipitada, convirtiéndose su cuerpo en una masa sangrienta y casi inerte.

A riesgo de que invoque usted el puerilísimo argumento de los *jesuitas de capa corta*, más propio para albergado bajo el huero chascás del más candoroso de los milicianos nacionales, que para apuntado por una tan brillante é ilustrada pluma como la de usted, he de copiar aquí lo que á propósito de esta desgracia escribió *El Siglo Futuro*, comparando la que los extranjeros llaman barbarie española con la que los españoles tenemos derecho á llamar barbarie europea.

Decía este periódico:

«...Si de la corrida de toros que hubo ayer hubiese salido un hombre mal herido, eso habría servido de pretexto para que los protectores de los animales hubiesen escrito largos artículos, y presentado proposiciones en las Cámaras, y pronunciado estupendos discursos para probar que la agricultura pierde lo indecible con los caballos de desecho y los toros que mueren en la plaza; y gracias que dedicasen una frase al torero herido.

»Pero anoche, en la función de un circo, se desprendió desde el mismo techo una infeliz mujer y se cayó al suelo, y medio se reventó, y se dice que está en peligro de muerte; y todos los periódicos dan noticia de la desgracia, eso sí, con sentidas palabras, pero á nadie le pasa por las mientes protestar contra la barbarie de semejantes fiestas, ni contra la barbarie francesa, inglesa y angloamericana, de donde tales espectáculos proceden, como se suele protestar contra la barbarie española por sus bárbaras corridas de toros.

»Y si se medita el asunto y se consulta la estadística, se verá que por cada torero que hay en

España, hay mil volatineros en el mundo, de modo que es mil veces mayor el número de personas que pone en peligro la afición á los títeres que la afición á los toros. Se verá que, no sólo en absoluto, pero aun guardada la proporción entre el número de toreros y el número de titereros, es muchísimo mayor el número de víctimas, muertos ó lisiados que producen los títeres: sólo en España han muerto cuatro ó cinco volatineros haciendo volatines en dos años, y no sabemos cuántos años hace que no se oye hablar de la muerte de un torero en la plaza. Se verá que fuera de los accidentes desgraciados, mucho más frecuentes en los títeres que en los toros, el ejercicio del toreo hace á los hombres fuertes y robustos, y el de los títeres, desarrollando unos órganos á costa de otros, envejece en poco tiempo y hace contraer enfermedades que á muy pocos dejan vivir la vida regular. Se verá que el torero lo es porque quiere, y se hace torero á la edad en que puede libremente y con cabal conocimiento elegir mejor oficio; mientras los pobres titereros son, por lo común, niños infelices, robados las más veces, á quien por fuer-

za descoyuntan los huesos, y á palos obligan á aprender sus ejercicios, y que cuando llegan á edad de razon y libertad están ya metidos y enfangados en esa horrible vida. Se verá, en fin, que los títeres son indeciblemente más desastrosos, bárbaros y feroces que las corridas de toros.

»A lo cual ha de añadirse que las corridas de toros son espectáculo propio de hombres, aunque bárbaros; y los títeres son ejercicio propio de monos; que el toreo, aunque bárbaro, no envilece como los títeres, que empiezan en las contorsiones del mono y acaban en la indignidad del payaso; que los títeres, sobre ser más bárbaros, más indignos y más viles, llevan además consigo una reata de desnudeces, desvergüenza é indecencia que no hay en el toreo.

»No defendemos las corridas de toros, no nos oponemos á que se las llame bárbaras, con tal que esa opinion se funde principalmente en interés por los hombres, y no se la posponga al amor por los brutos; ni siquiera nos opondremos á que se acabe la afición de los españoles á esos toros, ni á que se extirpe ese espectáculo.

»Pero decimos que tales como hoy están todos

los espectáculos públicos, incluso los más cultos y artísticos, dedicados por entero á quitar almas á Dios y encenagarlas en toda especie de errores y vicios, las corridas de toros son hoy el más inocente de todos los espectáculos públicos.»

Así se expresaba un periódico que, á fuer de integro y vehemente católico, no podía olvidar que la Iglesia ha condenado las corridas de toros; pero que, á fuer de español, tampoco podía sufrir que se posponga un espectáculo nacional á otros verdaderamente inhumanos é inmorales.

«Ante la serie de catástrofes—concluía dicho periódico—que ha habido en España, desde la muerte del infeliz Mayet hasta la catástrofe de anoche, tenemos derecho para pedir á los que piden la prohibición de los toros, que pidan antes la prohibición de los títeres, que sin exigir, como los toros, la noble cualidad del valor, y sobre ser menos varoniles y más viles, son incalculablemente más bárbaros, más feroces y desastrosos.

»A no ser que el ser española la afición á los toros, y extranjeros los títeres, sea motivo para que los españoles sensibles tengan contra los

toros la indignación que no sienten contra los titeres.»

Algo de esto, y aun algos, debe de haber, cuando las funciones de los circos, con sus peligros y desgracias innumerables, con sus niños inicuaamente explotados, con sus mujeres llevadas al sacrificio, pasan por ser un espectáculo culto en todas las naciones civilizadas, y nadie extraña que hagan ruda competencia en nuestras capitales á los teatros en donde se rinde homenaje á las artes nobles y elevadas; competencia en que no puede entrar el espectáculo taurino por verificarse á distinta hora, y por ser de tal linaje, que todavía convida á los que han disfrutado de sus violentas emociones, á buscar después otras más tranquilas y apacibles, en justa compensación.

De lo cual trataré en capítulo aparte, porque el asunto lo merece.



Ahora, si á usted le place, pasaremos, señor D. José, desde la pista al *turf*, desde el circo al hipódromo.

Usted dice—y dice bien—que las carreras de caballos no sirven nada más que para mortificar al hombre y al animal; pero dice usted también—y aquí ya se le sale á usted el potro de la pista—que prefiere esas carreras á la lidia de reses, sin admitir siquiera la comparación, porque son una fiesta culta.

Ni me parecen cultas, ni me parecen fiestas, ni tampoco me parece posible la comparación entre las carreras y las corridas. En esto último sí que estoy conforme con usted. En lo que no estamos de acuerdo es en que las carreras no sirvan para nada más que para mortificar al hombre y al caballo. Sirven, mi querido amigo, para muchísimas cosas más; y como yo no he de inventarlas, ahí va el juicio que merecen las carreras al escritor inglés Mr. Kervigan:

«Las carreras de caballos son en Inglaterra tan desastrosas para las clases todas de la sociedad, como lo son en Francia las especulaciones bursátiles para los grandes y pequeños capitalistas, ó como lo es el juego de la ruleta para los aficionados al género. El *Tattersall* de Londres atrae hácia el abismo jugadores de todas clases:

duques y ricos *gentlemen*, comerciantes, empleados, tenderos, funcionarios públicos, mayordomos de casa grande, comisionistas, carniceros, criados de ambos sexos, obreros, lacayos, mozos de cordel y aprendices de todos los oficios. Tras de esta muchedumbre, que es la nación misma, vienen los bohemios del *turf*, gente sin casa ni hogar, aves de rapiña que se dejan caer sobre los campos de carreras como sobre un campo de batalla, donde millares de incautos dejan su fortuna, y muchas veces su honor. La estafa y el timo se ponen de manifiesto hasta en las mismas filas doradas de los ricos *turfistas* y de los nobles *sportman*, cosa inevitable cuando se trata de ganar ó de perder centenares de miles de francos en las especulaciones aleatorias fundadas sobre la velocidad de un caballo que tiene veinticinco competidores. Ora es un jockey que por una fuerte suma se vende á los enemigos de su dueño é impide que venza el mejor y más afamado caballo; ora ocurre que el amo de un caballo famoso apuesta cantidades pequeñas en pro de este caballo y sumas considerables en contra, dando orden secreta á su *jockey* de dejarse ven-

cer, para realizar enormes beneficios por medio de esta bribonada. Ya se trata de un excelente corcel, al cual se hace pasar por un rocinante, y que habiendo vencido varias veces en las carreras, tiene en contra suya á todos los jugadores; pero el día menos pensado apuesta por él su dueño, y se le aceptan todas las apuestas en una proporción de diez contra uno, resultando que el caballo, hábilmente montado por un *jockey* que está en el secreto del fraude, derrota á todos los demás y proporciona á su dueño medio millón de ganancias. Ya se trata en otras ocasiones de un caballo á quien se le da alguna droga para quitarle el vigor; sucediendo también á veces que ciertos caballos son envenenados por jugadores ó dueños de otras cuadras. A algunos caballos hay que ponerlos centinela de vista—servicio que prestan un par de *jockeys* y un par de *policemen*—para protegerlos contra aquellos peligros ó contra alguna herida que los deje estropeados. Otro fraude, el más frecuente y más difícil de descubrir, consiste en la sustitución de un caballo por otro, amén de las falsas declaraciones de edad y de nombre. Las apues-

tas del *turf*, que son un juego de azar, se complican, como se ve, con una serie de fraudes, estafas y aun crímenes de más de un género, de que son víctimas la mayor parte de los que van allí á arriesgar su dinero.»

Lo que hace años decía este escritor inglés, se lee ahora todos los días en la prensa extranjera. Las carreras de caballos no son ya más que una diversión para los desocupados de todas clases, una especie de tapete verde, en el cual, como en el treinta y cuarenta, por uno que gana, hay cien que se arruinan.

En cuanto al mejoramiento de la raza caballar, ¿qué he de decir que no sea conocido hasta de los niños de pecho y soldados sin graduación? Ya en 1849 declamaba enérgicamente contra ese ilusorio mejoramiento Mr. William Youatt, en su *Historia del caballo inglés*. De entonces acá, no ha quedado un solo europeo que tome en serio el dichoso fomento de la cría de caballos. Solamente los Gobiernos siguen subvencionando con escandalosas cantidades ese espectáculo, donde los ricos van á dejar la riqueza; los pobres á perder sus ahorros; los tahures de

cuadra á estafar al prójimo; algunos aristócratas tronados á buscarse la vida con martingalas lacayunas; algunos grandes señores á rebajar su señoría y su grandeza; los *jockeys* á descalabrarse estúpidamente al compás de las maldiciones de los que apostaban por sus jacos; los *bookmakers* á explotar el vicio de chicos y grandes, y á alzarse, si pueden, con el santo y la limosna; los gananciosos á emborracharse á la salud del jamelgo triunfante; los perdidosos á cubrir de injurias y á apalear algunas veces al *jockey* sospechoso, sin perjuicio de ahogar luego las penas con una *pttima* monumental; las horizontales á ostentar su lujo, sus trenes y sus queridos á la faz de las mujeres honradas; y las mujeres honradas á ver cómo se juega el marido la dote conyugal, cómo se gasta el hijo su patrimonio con *Fanny la de los rubios cabellos* ó con *Milagros la de las pulseras*, y cómo la inocente hija de familia, recién salida del colegio del Sagrado Corazón, imita las maneras, las modas y hasta el guiñar de ojos de nuestras más conocidas y reputadas momentáneas.

En cuanto á la influencia que ejerce este es-

pectáculo en la cortesía y buena educación, no hay más que seguir paso á paso la estadística de los lances de honor que surgen del *turf* y del *stand*. Ni es posible otra cosa donde se agitan pura y exclusivamente intereses de juego, bajo el influjo, no de la diosa Casualidad, sino de las bajas combinaciones de las caballerizas y las cocheras. Estos perniciosísimos efectos se dejan notar hasta en el mismo periodismo. ¿Cuándo han dado aquí dos escritores, hablando de *Lagartijo* ó de *Frascuelo*, el espectáculo que recientemente dieron Mr. Saint-Albin, redactor de *Le Figaro*, y Mr. Fernand Xau, de *Le Gil Blas*, injuriándose primero y riñendo después á estocadas, por si era ó no era un pillo cierto *jockey* parisien? En Madrid, á lo sumo, reñirán dos chulos del Rastro por si Salvador torea ó no torea con más verdad que Rafael; pero las personas de buena educación no descienden hasta el extremo de derramar su sangre por defender sus gustos taurómacos, *cuantimás* ¡oh mi señor D. José! por amparar la discutible hombría de bien del John ó del James que figura como primer actor en ese espectáculo que prefiere

usted á las corridas de toros, porque es más culto.

Por lo visto, la cultura se cifra en aullar *¡hip, hip, hip!* en vez de decir *¡duro, y á la cabeza!* y en gritar *¡hurra, hurra!* en vez de *¡ole, ole!*



Dirige usted sus embates—y en muy lindos párrafos, á fe mía—contra los padres de familia que llevan á sus niños á ver los toros; porque entiende usted que esos padres infieren á sus hijos daño más grave que si inocularan en sus venas un virus venenoso con la punta de una lanceta.

No parece sino que estamos emponzoñados hasta la médula los que hemos sido víctimas de estas lamentables equivocaciones paternas. No parece sino que al salir de la plaza, después de ver á *Cúchares* y al *Tato*, faltábamos al respeto á papá, insultábamos á mamá, arañábamos con más fiereza á nuestros hermanitos, cortábamos una oreja á la doncella de casa, desplumábamos vivo al canario y dábamos perejil al loro. De

todo lo que me puedo acusar en este terreno, es de haber dado algunas verónicas, navarras y aragonesas á un perro pachón llamado *Lucero*, que constituía el encanto de mi familia y el fastidio de la vecindad; y puedo asegurar que el *chucho*, sin duda por tener sangre torera, se mostraba con aquellos juegos de capa mucho más alegre y regocijado que yo. Algunas banderillas he puesto y algunos quiebros he dado á las sillas del domicilio paterno; pero conste que jamás me arranqué contra las sillas de la sala de estrado, sino contra las de la cocina, que eran casi todas jaboneras sucias, meanas y despitorradas del izquierdo. Por lo demás, las sillas no protestaron nunca contra mis salvajes atentados. Tampoco protestó—puedo jurárselo á usted—la primera novia que me eché, contra las primeras varas que la puse. Antes bien, como el perro *Lucero* y como las sillas de la cocina, se mostró dura, voluntaria, y se creció al castigo. Todo esto era horrible, pero irremediable. ¡Ah! ¿Por qué me llevó mi papá á ver á *Cúchares*?

Verdad es que nunca he robado un nido, ni he desplumado un pájaro, ni le he chamuscado

la cola á ningún *minino*, ni hé atado ninguna lata al rabo de perro alguno; pero esto consiste en que yo he sido una excepción admirable y honrosa entre todos los niños españoles; de los cuales, ya es sabido que los que van á las corridas ó juegan al toro en los paseos, acaban irremisiblemente en el patíbulo. Algunos acaban en la Academia, que es más grave; otros rematan en las tablas del Colegio Cardenalicio, y hasta los hay que prefieren echar un *mus* con tres amigos ó irse con otros al baile del *Ramillete*. ¡Esta sociedad española es una sociedad perdida! Envidiemos entre tanto á las naciones extranjeras, donde todos los niños son ángeles, todos los padres modelos de virtudes, y todas las diversiones en que se inicia á los tiernos adolescentes, tan dulces y suaves como el tiro de pichón y el ejercicio de la caza, tan humanas y evangélicas como los *trompis* de los mozalbetes británicos, tan nobles y consoladoras como los brutales al par que grotescos desafíos de los escolares alemanes, y tan viriles y sanas como las delectaciones íntimas de los colegiales franceses, que no tengo para qué describir, por-

que nunca he comprendido los amores virgilianos de Corydon y Alexis, dos exquisitos mancebos á quienes nunca habían llevado sus papás á las corridas de toros.

Me explico el afán del Sr. Navarrete en buscar y rebuscar argucias contra la fiesta española. Lo que quizá no se explique mi ingenioso contrincante es lo que hace pocos días, cuando ya había empezado á redactar estos prolijos párrafos, tuve ocasión de oír á un padre de familia en la mismísima plaza de toros. Trátase de uno de los hombres más ilustres de la España contemporánea, de los más liberales y más sabios, y á quien no nombro, porque no estoy autorizado para ello.

Este hombre, serio y respetable por todos conceptos, ocupaba un asiento en el tendido á donde yó suelo asistir. Alguién, después de saludarle cortésmente, le preguntó:

—¿Viene usted á los toros con frecuencia, señor D. Fulano?

Y contestó este hombre superior, nada frívolo ni ligero:

—¡Sí; VENGO POR TRAER AL NIÑO!

Como el personaje á quien aludo no hace nada á tontas ni á locas, supongo que tendrá excelentes razones para llevar á su hijo á los toros, á la vez que le da esmeradísima educación, como han hecho y hacen otros cien mil padres de familia.

¿No dice usted que esos padres infieren á sus hijos daño más grave que si inocularan en sus venas un virus venenoso con la punta de una lanceta?

Pues quizá sea eso, efectivamente, lo que haga de todo propósito y con pleno acuerdo la persona á quien antes me he referido. Quizá trate de practicar una inoculación preservativa. Quizá por medio de una honesta y mesurada afición, acomodada á los gustos generales de la sociedad en que el niño ha de vivir, logre precaver el repentino y violento desarrollo en la mocedad de los entusiasmos taurómacos, tan ridículos—como todo lo que es excesivo y exagerado—en algunos que otros jóvenes de familias distinguidas. Lo poco agrada, lo mucho enfada; y ni se ha de tener siempre metido á un muchacho entre libros y certámenes, á fin de que no se malogre precoz-

mente ó degenerare en un pedante insufrible, ni se le ha de llevar un día y otro día á novenas y sermones, á fin de que no se convierta en un beato hipócrita; ni se le ha de mantener pegado á las faldas de su madre, á fin de que no se apoque y afemine; ni se le ha de privar, en fin, sistemáticamente de aquellos espectáculos que, si molestan á cierta parte de la sociedad, son simpáticos á otra parte ni más ni menos culta, y constituyen una realidad que hay que conocer y tener en cuenta dentro de la vida práctica.



Demostrado por usted, al hablar de los niños que van á la plaza, que el camino de los toros es el camino de presidio, ya no le falta más que demostrar que los aficionados mayores de edad merecemos todos el patíbulo.

¿Qué digo el patíbulo? De hacerle á usted caso, Sr. D. José, lo menos que merecemos es ser fusilados en masa, á la moda de Alí, bajá de Janina, ó ser degollados en tropel como los Abencerrajes en Granada, ó los mamelucos en El Cairo.

Por lo que á mí toca, no tendría inconveniente en participar de esta pena colectiva, si fuera cierto lo que dice usted—¡oh mi simpático y delirante amigo!—en las siguientes líneas de su *Impugnación*:

«La muerte en el redondel de media docena de lidiadores y de una de caballos, y la conducción á la cárcel por el delito de fuga del resto de la cuadrilla montada y pedestre, sazonado todo esto con unas cuantas puñaladas dadas y recibidas en los tendidos por los adoradores del matador A y los idólatras del espada B, sería la realización de uno de los ideales más bellos, de una de las más rosadas ilusiones que forjarse pueden sobre corridas de toros.»

Sí, señor; y al salir de la plaza, ébrios de sangre y ávidos de horrores, atropellar á todas las hijas de familia que encontráramos al paso, violar á todas las madres, forzar á todas las suegras, comer *puré* de niños, beber sangre de adolescentes, devorar chuletas de burgués, pasar á *la brochette* riñones de eclesiástico, hacer un ponche colosal inundando de petróleo la villa y corte, levantarse después la tapa de los se-

sos, tomar café uno mismo en el propio cráneo, y...

*Pim, pam, pum
y parapatapum,
¡yo soy, en fin,
el general Bum-Bum!*

Lamento en el alma verme obligado á rematar con este recuerdo del tiempo bufo ese cuadro de horrores con que deja usted tamañitos los del *Spoliarium* de Luna; pero así como hay un refrán pictórico que dice: *A mal Cristo mucha sangre*, también se puede decir: *A mala tragedia, mucha risa*.

No es fantaseando caprichosamente, mi señor D. José, como usted conseguirá propagar la desafición á los toros. Todo aquello de que en la plaza se silba al que va á un tendido con sombrero de copa, se hace befa y escarnio de algún espectador contrahecho y se insulta á alguna dama, son cuentos del año de la Nanita é infundios—como se dice ahora—que carecen de toda verdad y razón, á menos que la «dama» solicite la pública atención por medio de algún provocativo desplante, ó al jorobado se le antoje

escandalizar y ponerse en evidencia, ó al del sombrero de copa le venga en ganas entregar su chapeo á las mil y una manos del bullanguero concurso. Harto sabido es que el nivel de la cortesía pública se ha elevado considerablemente, y que ciertos abusos de la muchedumbre, desterrados ya de la plaza de toros, respondían al estado de la cultura popular en aquellos tiempos en que no podía pasar por muchísimas calles de Madrid sin exponerse á groseras burlas y mofas, nadie que fuera ataviado con *futraque* y *castora*.

Pero ¿á qué he de esforzarme en contestar á cargos completamente fantásticos, ni cómo he de convencer al escritor que, preciándose de observador sincero, niega todo carácter de animación, alegría, colorido brillante y pintoresco conjunto á las corridas de toros? De gustos—dice el refran—no hay nada escrito. Yo, modificando la frase, digo que más vale no escribir nada sobre semejantes gustos.

Con todo, ya que se habla tanto de la falta de cultura del público de los toros—como si fuera posible que en un concurso de doce mil perso-

nas reinaran las mismas ceremonias que en una audiencia del Vaticano—no quiero dispensarme de protestar contra esas vulgaridades, cuando no hay en España, y en el resto del orbe civilizado, espectáculo público, reunión popular ni aglomeración de gente, por distinguidas y aristocráticas que estas gentes sean, sin incidentes colectivos ó individuales, como los que echa en cara el Sr. Navarrete al público de la plaza.

No repetiré aquí lo que he dicho antes acerca de las carreras de caballos, ni adelantaré lo que he de decir luego sobre otras diversiones que el autor de la *Impugnación* prefiere á las corridas de toros; pero cuando hemos visto en el teatro Real de Madrid *broncas* superiores á las más escandalosas del circo taurino, volando sillas sobre la orquesta y el palco escénico; cuando hemos presenciado estrenos como el de *La Africanita*, donde el público y los alabarderos lucharon á brazo partido y navaja en mano; cuando al estrenarse *Mar sin orillas*, de Echegaray, y *Las Vengadoras*, de Sellés, se reprodujeron en los dos teatros más elegantes de Madrid los antiguos excesos de la mosquetería; cuando diaria-

mente nos da cuenta la prensa extranjera de tumultos y desórdenes promovidos en los espectáculos de más noble linaje; cuando en Marsella y en París se echa ignominiosamente del teatro á distinguidas cantantes, tratándolas el público como no se trata aquí á un picador de novillos, y causando á una de ellas triste y desesperada muerte; cuando se silba brutalmente en un concierto de Berlín á uno de los más ilustres compositores franceses, por solo el delito de serlo; cuando no se puede estrenar en el teatro de la Opera Cómica de París el *Lohengrin* por temor á la feroz intolerancia de los antiwagneristas; cuando, lo mismo que en los espectáculos públicos, se promueven en los Parlamentos escandalosísimas escenas; cuando en las comarcas españolas donde menos privan las corridas de toros, tienen en cambio, esas romerías famosas que según el católico Quevedo, debieran llamarse *ramerías*, y cuyas consecuencias, según el cristiano padre Feijóo, se echan de ver al cabo de nueve meses; cuando no hay nación culta que no se entregue á solaces de tan bajo jaez, y cuando el más morigerado y tranquilo de los pueblos europeos, el

holandés, tiene sus *kermesses*, vergonzosas y desenfrenadas bacanales; cuando en las mismas reuniones de las clases elevadas sufren la compostura y el recato graves alteraciones; cuando están tan recientes los brutales extremos á que han llegado algunos príncipes europeos en sus aristocráticas diversiones; cuando del mismo alcázar de Madrid, en una fiesta dada por el rey D. Alfonso XII, hemos visto salir borrachos vulgares conducidos á la prevención del distrito, y cuando se suceden unas á otras muchas corridas de toros sin que las autoridades tengan que prender á un solo espectador, ¿es tolerable acaso que un día y otro día se trate de presentar la fiesta española por excelencia como una mancha de nuestras costumbres nacionales y una excepción en la cultura europea?



Ríase usted cuanto quiera de la sabida comparación entre las suertes del toro y los problemas geométricos.

También hay quien se ríe de la seriedad con que los danzarines hablan de las severas y ele-

vadas reglas de su arte; y sin embargo, algo de clásico y de romántico, de idealista y de naturalista, de geométrico y trigonométrico tendrán las reglas á que se somete el arte de la danza, cuando los franceses se complacen en denominar á su primer teatro, pagado por la nación con algunos millones, *Academia Nacional de Música y de Baile*.

Lo mismo ocurre con los toros. El profano se encoge de hombros ante la gravedad con que los aficionados ó los tratadistas taurinos hablan de esas reglas, que usted llama en son de mofa problemas geométricos; pero el iniciado en actos prácticos del arte y el que asiste con frecuencia á la plaza, no pueden menos de reconocer la existencia y la utilidad de estas reglas ciertísimas, cuya matemática exactitud, unida á la serenidad de los lidiadores, convierte el combate con una fiera en un festivo juego. La gente no va á la plaza á estudiar matemáticas taurinas. Lo que la gente quiere y aplaude es que los toreros conozcan esas matemáticas, y que midiendo perfectamente los terrenos, cambiándolos cuando es menester, ateniéndose, en fin, á las

segurísimas reglas dictadas por los maestros, burlen de continuo el peligro y hagan agradable el espectáculo.

Dice usted que los mismos maestros han sido cogidos por los toros. ¿Qué hemos de hacerle? Tampoco la batalla de Lérida se debió perder. Napoleón debió quedar triunfante en Waterlloo. Toda cogida, así en los campos de batalla como en los redondeles taurinos, se debe á un momentáneo olvido de las reglas magistrales, ó á una desigualdad entre los elementos puestos en lucha.

Para torear con feliz éxito es preciso, aparte de la serenidad y del arte, que los toros sean tales toros, y no bueyes marrajos y sabidores. No hay escape. Ó los toros son verdaderos toros de lidia, y en este caso no hay más que acercarse á ellos con valor y sortearlos técnicamente, ó no tienen tales condiciones, en cuyo caso la lidia se convierte en lucha y el señor Francisco Montes en un vulgar matarife.

Como nuevo «argumento» contra los toreros, dice usted que el toro es uno de los animales menos inteligentes. En rigor, al toro no se le li-

dia por la persuasión ni se le convence con frases retóricas; pero no hay toro, por claro y sencillo que sea, que pueda ser toreado dos veces, suponiendo que de la primera salga vivo.

La tauromaquia—decía Abenamar—posee reglas ciertísimas para burlar la fiereza de los toros, que siendo naturalmente sencillos, se van con el engaño que el hombre les presenta, asegurando de este modo su vida, y proporcionando una hermosa diversión. Pero los toros placeados varían del todo las circunstancias, La lidia que ya han sufrido les ha puesto en el caso de distinguir al torero del capote que lleva para su defensa, y despreciando éste, acometen rabiosos á aquél; saben en cada clase de suerte cuál debe ser la huida del diestro; y conforme lo ven en disposición de ejecutarlas, empiezan á ganar terreno, le quitan la salida, y cuando lo lo ven encerrado y en una posición tal que apenas pueda escapársele, arrancan á él, y si por desgracia lo cogen, es muy posible que sea aquélla la última hora de su existencia. Estos toros son el oprobio de la tauromaquia, la muerte de los toreros y el fundamento que tienen

los enemigos de las lidias para llamarlas bárbaras.

Usted dirá á esto que, lidiando reses nobles, se abusa de su candidez; pero cuando los hombres vivimos de engañarnos unos á otros, y cuando la ciencia más acreditada en este siglo de las luces es la ciencia de muleta y estoque que emplea un Bismark contra sus prójimos, no hay para qué escandalizarse tanto de que *Lagartijo* y *Frascuelo* hagan en nuestros redondeles lo que aquél hace en la política europea.

¿De qué servirían—pregunta usted—los problemas geométricos del toreo ante un bravo león? De nada, efectivamente. Como tampoco servirían de nada ante un toro de Lesaca ó de Gaviria las reglas de un Pezón ó de un Bidel; que también, Sr. D. José, hay reglas, no sé si geométricas, para domar leones, supuesto que de aquellos dos maestros en este *arte*, Pezón representa la firmeza y corrección del clasicismo, mientras Bidel es todo un romántico, con sus genialidades, desplantes y caprichos.

Y por cierto—dicho sea entre paréntesis—que á la hora misma de ser escritas las presentes

líneas, recibo la noticia de la espantosa desgracia ocurrida á Bidel. Mientras *Lagartijo*, al cabo de veinticinco años de carrera, gana la famosa victoria de Aranjuez, y *Frascuero* sigue burlando impávido la bravura de los toros españoles, Bidel se da en espectáculo á los parisien- ses que habían ido á la feria de Neuilly, cayendo destrozado bajo las garras de una de sus *domesticadas* fieras, y estando á punto de perecer *coram populo*, víctima de diecisiete horribles heridas. ¡Diecisiete heridas! Convéngase en que los parisienses no se pueden quejar. En quince segundos han disfrutado del espectáculo que sólo puede presenciarse en la plaza de Madrid al cabo, no de diecisiete corridas de toros, sino de diecisiete temporadas justas... A herida por temporada.

Pasado este *desahogo de mi corazón*—como diría Espronceda—volvamos, Sr. D. José, al asunto en que se ocupan nuestras pecadoras manos, no tan pecadoras, ¡ay! como las de ese *Colita*, á quien da usted la alternativa de picador ilustre y heredero de los Sevillas, los Pintos, los Trigos y los Charpas.

En lo que ni usted ni ningún otro impugnador del toreo me ha de ganar, es en censurar la suerte de garrocha, tal como hoy la ejecutan ineptos picadores por dar gusto á las muchedumbres menos toreras. Los buenos aficionados están declamando de continuo contra estos abusos. No he de repetir aquí lo que hartas veces se ha escrito en manuales de tauromaquia y en periódicos taurinos, acerca del toreo á caballo. Esto es, como suele decirse, agua pasada, y sólo usted, que coloca á *Colita* entre los grandes picadores, puede ignorar cuáles son, respecto de esta suerte del toreo, los ideales de todo buen aficionado. Culpar á la tauromaquia de ciertas perversiones del gusto, vale tanto como abominar de la retórica porque la pervirtió Góngora, ó renegar de la arquitectura porque la corrompió Churriguera.

Y aparte del alejamiento en que usted vive de la verdad, ¿cómo quiere usted llegar á ella si tiene tan desviado y hasta destruído el espíritu de observación?

Impropio, y aun indigno del talento de quien escribió *De Vad Rás á Sevilla, En los montes de*

la Mancha y María de los Ángeles, es el siguiente parrafillo, totalmente contrario á lo que un día y otro día ve en nuestras plazas de toros, el que no está gravemente dañado de la vista ó del entendimiento:

«La suerte de garrocha no satisface al público sino cuando el toro, en su feroz acometida, tira al suelo, conmoviendo el maderamen y aun la mampostería de la plaza, toda la balumba de picador y caballo, siendo en este caso los grados de júbilo y los aplausos directamente proporcionales á la entidad del batacazo, llegando aquellos á su colmo si el jaco queda muerto y el picador tiene que ser conducido á la enfermería con descalabro, contusión ó cornada.»

Esto no es pintar como querer; porque no creo que ni Navarrete ni nadie se convierta á sabiendas, sólo por odio á la fiesta nacional, en el más delirante y más incongruente de los Orbanejas.

Esto es pintar desconociendo lo que se pinta; ó, mejor dicho, padeciendo aquella enfermedad denominada *daltonismo*, que hace ver al paciente lo rojo blanco, lo verde azul, y lo azul de color de castaña.

Si mi señor D. José me lo permite, parodiaré á Gutierre de Cetina, diciendo de sus ojos que con tanta brillantez han reflejado otras veces las escenas de la vida española:

Ojos claros, serenos,
si de dulce mirar sois alabados,
y ora estáis ¡voto á tall tan perturbados,
ponéos unas gafas por lo menos.



¿Y los monos sabios? ¿Qué me cuenta usted de los monos sabios?

Me parece que no es usted lógico hablando de los monos sabios y maltratándolos con una crueldad que de fijo habrá crispado los nervios á algún individuo de la *Sociedad Protectora de Animales*.

Que los aficionados á toros protestemos contra los abusos de esos escuderos de los modernos caballeros andantes, cosa es harto puesta en razón, dado nuestro empeño en realzar y mejorar el espectáculo, privándolo de lo que da motivo á sus impugnadores para entonar *Marsellesas*

cursis, como ha dicho Peña y Goñi. Tanto en lo que atañe á la reforma de la suerte de vara, como en lo que toca á los monos sabios y demás detalles semovientes de las corridas, estamos cansados los aficionados de pedir lo que de consuno dictan el buen gusto y el sentido común; pero ustedes los que condenan la fiesta nacional *de fond en comble*, negándola todo género de belleza y atractivo, ¿qué autoridad tienen para maltratar á los monos sabios, si obsequian con los mismos improperios á los toreros más hábiles y simpáticos, y á los aficionados más cultos y distinguidos?

El que va á la plaza de toros y se pone de parte del toro, no tiene razón para ponerse enfrente del mono sabio; porque si compadece al otro por bestia, y odia al mono sabio por bruto, resulta un desequilibrio en favor del cuadrúpedo y en contra del bípedo, perfectamente pueril y caprichoso.

¡Es que el toro—dice el filósofo sentimental—va á la plaza compelido por la fuerza! También el mono sabio va al ruedo compelido por esas durísimas leyes del hado, de la necesidad,

del determinismo y al medio ambiente... No hay ateneísta que ignore estas dolorosas circunstancias de la vida del mono, y que puesto á lamentar la barbarie de este semejante nuestro, ó la violencia que hacemos á los dulces y caritativos toros de Colmenar, no elija para tema de sus compasivas reflexiones la triste condición del mono sabio, que al fin y al cabo está más cerca de nosotros en la escala zoológica, que esos cornúpetos por quien tanto interés demuestran algunos seres sensibles.

Bromas aparte, mi señor D. José; nunca podré perdonarle, ni en ésta, ni en la otra vida, ni en la de más allá, que en su odio á las fiestas toreas haya usted estampado la siguiente blasfemia histórica y nacional:

«En la plaza de toros están los españoles hoy al mismo nivel de cultura que lo estaban los moros nuestros conquistadores.»

El nivel de cultura—ya lo he probado antes—ha subido en la plaza de toros al propio compás que en las demás esferas de la vida española, y á fe que no podrían decir lo mismo de otras diversiones populares suyas, algunas nacio-

nes que pasan por ser las más cultas del continente europeo.

¿Sabe usted, Sr. D. José, lo ocurrido en Julio del año 1885 en la dulce, en la pacífica, en la cultísima, en la patriarcal Holanda?

¿Sabe usted qué origen tuvieron los sangrientos disturbios del domingo 25 y lunes 26 en la hermosa, industriosa y laboriosa ciudad de Amsterdam?

¿Sabe usted lo que es el *Palingtrekken*?

Pues el *Palingtrekken*, ó juego de la anguila, es uno de los pasatiempos más crueles, más estúpidos y más inverosímiles que han podido inventar las masas populares.

Figúrese usted que sobre un canal elegido al efecto, entre los muchos que convierten aquella ciudad en una Venecia del Norte, se tiende una cuerda á cierta altura, quedando sujetos los cables en los muelles laterales. En el centro de esta cuerda, precisamente encima de la corriente, está atada por la cabeza una gran anguila, cuyo cuerpo ha sido precisamente ensebado y frotado con jabón. En esta situación, la pobre anguila se agita y revuelve desesperadamente, cosa que ha-

ría derramar amarguísimo llanto á los que aquí sufren tan dolorosa impresión cuando ven clavar á un toro un par de banderillas.

Hácese determinada señal, y parten varias lanchas en las cuales se encuentran los campeones del *Palingtrekken*. En cada una de ellas va de pié un justador, que se esfuerza por coger al animal con ambas manos. El premio de la justa se otorga al que tiene los puños bastante sólidos para arrancar la cola al anguila, cuya cabeza, separada entonces del tronco, permanece sujeta á la cuerda.

¡Qué bonito! ¡Qué pintoresco! ¡Qué humano!
¡Qué holandés!

Este encantador y delicioso ejercicio del *Palingtrekken* no deja de ofrecer dificultades serias. Requiere mucha destreza y muchos músculos en los que lo practican. Ordinariamente, el justador yerra el golpe ó se le escapa de entre las manos la cola de la anguila, y en este caso cae de cabeza al agua, en medio de la frenética alegría y entusiastas aplausos de aquellos mansos y caritativos holandeses, de los cuales no dirá en verdad el señor Navarrete, como de los aficionados á toros,

que en su mayoría no saben leer ni escribir. Aquel pueblo es cultísimo, y eso á la vista está.

Mientras los campeones del *Palingtrekken* van cayendo de cabeza al agua, la mísera anguila se revuelve en las convulsiones de una dolorosa y larguísima agonía, y el pueblo es feliz. Pero cate usted, Sr. D. José, que al Gobierno de los Países Bajos se le antoja un día prohibir esta diversión nacional; cate usted que el domingo 25 de Julio se organiza la partida en cuestión en el Sindengracht; cate usted que entre cuatro y cinco de la tarde había llegado el entusiasmo popular hasta el delirio; cate usted que se presenta la policía con gran aparato de fuerza impidiendo la continuación de la fiesta, en virtud de la ley que prohíbe la mutilación de los animales, y cate usted, en fin—aunque estas sean ya muchas cataduras—que los pacíficos holandeses se niegan á obedecer á la autoridad, que los agentes de ésta tienen que hacer uso de las armas, que de los sablazos se pasa á los tiros, del tumulto al motín, del motín al estado de sitio, de éste á las barricadas, y de las barricadas á una lucha entre

el ejército y el pueblo, en la cual tomaron parte, además de la policía y las masas, cuatrocientos hombres de infantería, ciento cincuenta de artillería, y un escuadrón de húsares, resultando á la postre, según cifra oficial, TREINTA Y CINCO MUERTOS Y MÁS DE CIEN HERIDOS, sin contar los insurrectos ocultos en las casas particulares.

¿Ha visto usted, Sr. D. José, qué brutos somos los españoles?

Porque aquí, en distintas y muy diversas épocas de nuestra Historia y de nuestra compleja nacionalidad, el poder ha prohibido las fiestas de toros, y nunca, jamás, ni aun en los días de menos cultura y sensatez, se ha presenciado en esta España, medio goda, medio sarracena, el brutal y sangriento espectáculo dado en la ciudad de Amsterdam á fines del siglo XIX, con motivo ó con pretexto de unas anguilas ensebadas.

¡Y sin embargo, Sr. Navarrete, siendo usted de los hijos predilectos de la hermosa Andalucía, conociendo, como usted conoce, todo lo que debe la humanidad á la maravillosa civilización árabe, se permite comparar á los españoles contemporáneos, en son de menosprecio, con sus

antepasados los moros, con aquellos moros que mantenían vivo el fuego de las ciencias, las letras, las artes y el trabajo, en Córdoba, Sevilla, Granada, Murcia, Valencia y Zaragoza, cuando el resto de Europa yacía sumido en la barbarie medioeval; con aquellos moros, refinadísimos en las costumbres é impuestos en todo género de adelantos, que tenían las calles de Córdoba enlosadas, regadas é iluminadas de noche, cuando las reinas cristianas desconocían aún el uso de la camisa y sus augustos esposos no sabían leer ni escribir.

Con sus toros y sus zambras, los árabes españoles eran los hombres más cultos de su tiempo; y ya quisiéramos ser nosotros, con relación á nuestra época, lo que eran respecto de la suya los coetáneos de los Abderrahmanes é Hixenes, los Avicenas y Averroes.

*
* *

Hablar de árabes y de toros, y no citar las famosas quintillas de D. Nicolás Fernández de Moratín, fuera cosa imposible.

Y aún más imposible citarlas sin encarecer su extraordinario mérito.

Pero ¡ah! tienen un defecto gravísimo, al decir de D. José Navarrete, y es... que están inspiradas en la bárbara fiesta de toros.

El clásico *Calino* de los franceses no estuvo más elocuente cuando dijo:

—Me cargan los compositores de óperas, porque al componerlas, han pensado en todo menos en ponerlas al alcance de los sordos.

Ni hablaba con menos cordura el insigne M. Prudhomme cuando sentaba esta atrevida afirmación:

—El inconveniente de la pena de muerte consiste en que se priva de la vida á un semejante nuestro.

Al descubrir que *la fiesta de toros* de Moratín valdría mucho más si no se descubriera en ella la lidia de reses bravas, descubre usted también, mi distinguido cuanto extraviado amigo, que «las estrofas que atañen á los horrores de la lidia son las en que menos abundan las bellezas literarias.»

Aquí dejo la pluma, y cedo la respuesta á un hombre de preeminente autoridad en el cultivo

de las letras españolas.—Lea usted la *Lección poética*, de D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe (*Revista Hispano-Americana*.—Tomo VIII. —Número 32.—16 de Octubre de 1882.—Madrid), y verá que de 157 quintillas que tenía la primitiva composición de Moratín, sólo quedaron 72 al refundir D. Nicolás su poema, echando abajo todo lo inútil y episódico, todo cuanto perjudicaba á la unidad de la composición y á la rapidez é interés creciente del relato.

Así, al golpe de la que Fernández-Guerra llama «hacha regeneradora,» vinieron á tierra—amén de cien y cien pormenores impertinentes—quintillas tan lindas como las que pintan las carreras de los apuestos jinetes de Castilla y de los moros andaluces; al sol y á Aliatar, madrugando para lucir á un mismo tiempo; el adorno de la plaza con alfombras turquescas, espejos de Almería y damascos granadinos; á la mora tan querida de Aliatar, hecha una amazona, armada de azagaya por si el toro embiste hacia los balcones; al Cid, cuyos ojos azules juntamente amenazan y enamoran; la histórica espada del brioso adalid castellano; su caballo, de anchos y mus-

culosos pechos, de casco igual y anca redonda; el Campeador enviando á su rey cabezas de enemigos, y las tocas á su amada Jimena; con muchas cosas más que el poeta sacrificó despiadada, pero cuerdamente, al asunto é interés principal del poema, Á LA LUCHA DE LOS ESPAÑOLES CON LOS TOROS.

No de otra manera, al pintar Moratín el encuentro del Cid con el bruto jarameño, llega á realizar verdaderos prodigios de expresión, movimiento, energía poética y elegancia de lenguaje, como de seguro reconoce y confiesa usted, señor D. José, allá en su fuero interno, cuando no se ha atrevido á copiar esas catorce quintillas—las mejores de la composición—y ha elegido otras, las de los revolcones que llevan Tarfe, Hamete, Benalguacil y el moro de Horche, para probar, comparándolas con las que describen la entrada de Rodrigo de Vivar en el circo, que «las estrofas que atañen á horrores de la lidia son las en que menos abundan las bellezas literarias.»

Harto ha sabido usted lo que se hacía omitiendo en el paralelo aquellas otras, de las cua-

les son mera y simple preparación esas que usted escoge como tipo de imperfección poética, cuando no son sino de un carácter llano y sencillo, que sirve de contraposición al grandioso efecto de la victoria del Cid sobre la fiera que ha hecho temblar á los caballeros moros.

Este, este cuadro era el que debía usted haber copiado; pero ¿cómo rendir este homenaje al buen gusto y á la imparcialidad, sin que se viera abajo *ipso facto* esa singular y extraña teoría de que la belleza literaria sufre con la descripción de la lidia taurómaca?

Váyale usted con tamañas invenciones críticas al ya nombrado D. Aureliano Fernández-Guerra, docto entre los doctos, ilustre entre los ilustres y maestro cual nadie en todo lo que atañe á la historia, las artes y las letras españolas... ¿Sabe usted adónde dice este sabio escritor que llegó D. Nicolás Fernández de Moratín con su célebre *Fiesta de toros en Madrid*, y con su no menos famosa *Canción á Pedro Romero, torero insignes*?

«AL COLMO DE LO PERFECTO EN LITERATURA.»

Supongo que no me recusará usted tan alto

testimonio porque Fernández-Guerra sea tocayo de Guerrita.



Al insigne poeta lord Byron—¡ya han salido á relucir las autoridades extranjeras!—que visitó á Cádiz durante la guerra de la Independencia, le produjo tal indignación una corrida de toros, que en el apunte de ese viaje que figura en sus obras, hay frases de entusiasmo por la belleza de la ciudad, de desprecio y aun de falso testimonio para los españoles y para las españolas, y de tiernísima compasión para el caballo.

¡Lo de siempre! El animal interesando más que el hombre á estos espíritus caritativos.—No repetiré aquí los himnos que en loor de nuestras corridas han entonado otros ilustres escritores extranjeros, tan accesibles como lord Byron, y aun algo más, á todos los sentimientos de piedad y á todas las emociones delicadas. Quédese usted, mi excelente amigo, con las calumnias del poeta inglés, misántropo, amargo y cruel, mientras los aficionados á los toros hacen suyo el en-

tusiasmo de Teófilo Gautier, el perpetuo enamorado de la luz, la hermosura, la gracia y el color, cuando al ver matar por primera vez á Montes, arrojó espontáneamente el sombrero al redondel, antes de saber que ésta era, en efecto, la más característica y expresiva forma de nuestro aplauso.

Ni trataré tampoco, por lo que se refiere á la triste suerte del caballo en la plaza de toros, de ahuyentar del generoso ánimo de usted sentimientos que ciertamente le honran; pero que debería usted—siendo lógico en este orden de ideas—hacer extensivos á todos los demás abusos que comete el hombre utilizando su imperio y supremacía sobre los animales todos, desde el de sacar los ojos á los canarios para que canten mejor, hasta el de arponear ballenas; desde el de matar por pura diversión inocentes palomas, hasta el de abrir en canal perros y conejos de Indias; sin contar con los millones de cruentos sacrificios que diariamente se realizan en el universo mundo, para atender, no ya á las primeras necesidades, sino también á la refinada gula de la humanidad.

Claro es que unas barbaridades no justifican otras; pero, amigo, hay que tirar de la cuerda de la sensiblería para todos ó para ninguno, y una vez en tan buen camino, hay que acabar por llamar hermano al lobo (*frate lupo*), como hacía San Francisco de Asís, y reducirse, en punto á alimentación, al sistema *vegetariano*—puesto hoy de moda por algunos ingleses—sin esperanzas, por supuesto, de acabar con tal sistema todos los escrúpulos de este género, pues al ver el pan, se apena el ánimo recordando las rudísimas fatigas de los bueyes que han arado el campo en donde ha crecido el trigo, y al comer una col, se pierde el apetito considerando el cruel tormento del macho que ha estado dando vueltas á la noria cuyas aguas han servido para regar la hortaliza.

Bromas á un lado, y prescindiendo de que no es sólo en las plazas de toros donde se mortifica y se mata al caballo, convengo con usted—¿y cómo no?—en que la muerte que allí recibe el noble bruto es lastimosa, y que es menester toda la dureza que en este punto da al ánimo la fuerza de la costumbre, para que sufran sin molestia semejante espectáculo delicadas damas, cultísi-

mos varones, asustadizos muchachos y tiernas doncellicas.

No obstante, convenga usted conmigo en que estas escenas no son esenciales, indispensables y *sine quibus non*, en las corridas de toros. Antes por el contrario, son una lamentable corrupción del toreo de á caballo, cuyas reglas y suertes se han olvidado y pervertido á medida que el toreo de á pie ha cobrado mayor gallardía, interés y variedad.

El bello ideal de los aficionados castizos consiste en volver á aquellos tiempos por los cuales dijo estas lindas cosas *El Solitario*:

«... En la gente de á caballo se dejaron ver hombres gigantes por su poderío y fortaleza para rendir un toro, así como Númeridas ó Centauros para dominar y castigar á un caballo. Los Marchantes, Gamero, Toro, Varo, Gómez, Juanijón, Núñez y el caballero D. José Daza, se hicieron émulos, en cuanto á castigar el caballo y rendir al toro, de la gentileza de los antiguos, Ramírez de Haro, Rojas, Aguilares, Andrades, Vargas Machucas, condes de Puñoenrostro, y cien otros famosos por la agilidad de su lanza,

sus bizarrías de á caballo y sus primores con el toro. Laureano Ortega se hizo inolvidable, no tanto por la gallardía de su persona y el buen corte de su cara, cuanto por sus bizarrías con el caballo. *Por el espacio de tres años, y por entre los azares de cien y cien corridas se le vió sacar siempre salvo el caballo que montaba,* que era una famosa jaca mosqueada, que la perdió al fin en la plaza de Cádiz. A Corchado se le vió matar un toro con la pica; que cebándola con rigor inusitado en el cerviguillo del toro, cada vez más feroz y rabioso, acabó por hundírsela toda en las honduras y matarlo. A los Ortices, á Míguez, á Sevilla y otros más, los hemos alcanzado todos, dejándonos maravillados de su destreza, valor y pujanza. El escuadrón de esta gente que se formó cuando la batalla de Bailén, dejando escarmentados á los franceses en Menjíbar y otras refriegas, da poderoso argumento para deducir el partido que sacaría la caballería de guerra adiestrándola por la misma manera que nuestra antigua jineta y con la espuela y las prácticas que se conservan todavía en nuestros Llaneros de Castilla y Andalucía.»

Bien distintos son nuestros tiempos de esos otros, y bien notoria la decadencia en que ahora está la suerte de vara, tan lucida y valiente como necesaria en la lidia; pero estos defectos, á cuya enmienda deben encaminarse los esfuerzos de aficionados y lidiadores, no hacen abominable la fiesta de toros en sí propia, como tampoco—y permítaseme la comparación—se puede culpar al arte dramático de la momentánea fama de un Comella, ni aborrecer la arquitectura por la pasajera boga de un Churriguera, ni blasfemar de la poesía porque se pongan de moda los excesos gongorinos.

Harto sé, mi buen Sr. Navarrete, que pareciéndole á usted totalmente malas las fiestas de toros, no admitirá estos razonamientos míos. ¿Por qué los hago, pues? Por dejar consignado que el principal argumento de nuestros impugnadores se desvanecería como pompa de jabón en cuanto se practicara el toreo de á caballo con la perfección que exige el arte.

Harto bien dice el Sr. Sánchez de Neira hablando de este asunto:

«No seré yo quien niegue que la referida suer-

te, tal como hoy se practica, tiene algo de repulsiva, por lo que á los caballos toca, en cambio de las circunstancias de arrojada y valiente que nadie puede negar; pero ha de permitírseme decir que aquella repulsión, la que produce el derramamiento de sangre de animales indefensos, puede cesar en gran parte, si quieren los que se dedican al arte de picar toros.

»Que no intenten practicarle los débiles ó poco forzudos, ni los de poca estatura.

»Que los valientes y ágiles jinetes observen las condiciones de las reses, fijándose mucho—para tomar más ó menos de lleno la suerte—de cuál de los dos cuernos es el maestro en cada animal.

»Que aprenda también las reglas generales del toreo, no sólo á caballo, sino á pie, lo cual ha de servirles de mucho.

»Que sepan clavar la puya en lo alto del morrillo, echando el cuerpo sobre la vara al mismo tiempo que con la mano izquierda saquen por este lado el caballo, aguijoneándole con las espuelas, que van cayendo en desuso.

»Y si necesario es, porque el picador no ha sabido hacer bien la suerte, confiando á la fuerza lo

que debe fiar á la inteligencia, ayuden los peones con el capote á sacar el toro, aun antes de que la suerte quede consumada, que lo que al fin importa es en primer lugar la vida del hombre y después la del caballo, y el lucimiento de los lances más importantes en la lidia de reses bravas.

»De no hacerse esto, día llegará, y no muy lejano, en que la vara de detener, que tantos lauros proporcionó á Corchudo, Puyana, Ortiz, Sevilla y otros, ceda el puesto al rejoncillo, usado con destreza por Villamediana, Trejo, Artaiz y Larroca, ó á las farpas portuguesas, en cuya colocación no tiene hoy rival el opulento amateur del vecino reino portugués Sr. D. Carlos Relvas, nuestro muy distinguido amigo.»

¡Ojalá se atendiesen tan razonables consejos, y ojalá se cumpliesen también, amigo D. José, ciertos deseos que usted manifiesta!

¿Cuáles?

Los que se encierran dentro de este elocuente apóstrofe:

«Hasta la naturaleza es cómplice de esas iniquidades; porque si el caballo se quejase como otros animales, si el dolor le arrancara relinchos

desesperados, quiero hacer á mis compatriotas esta justicia, no habfa público que lo resistiera; ¡se habrían concluído las corridas de toros!

¿Acabarse, eh?

¡Se acababan! como dicen las chulas.

Si la naturaleza concediese á los caballos esos desesperados relinchos para expresar el dolor, los jinetes pondrían verdadero cuidado en detener debidamente al toro y en ahorrar á sus bestias, por los medios posibles, las feroces acometidas de la res; y vea usted por dónde lo que, segun ustedes, había de concluir con las corridas de toros, contribuiría, por el contrario, á la restauración del toreo clásico y al perfeccionamiento de la bizarra fiesta nacional.



Ya que estamos, mi simpático amigo, un tantico de acuerdo en lo que se refiere á los caballos, no *per se*, sino *per accidens*, todavía he de conce-

der más á usted, para que vea que no me duelen prendas.

En todo lo que usted dice de los toros, tiene razon sobrada; pero así como Alfonso Karr estaba conforme con la abolición de la pena de muerte, siempre que empezaran por abolirla los asesinos, así yo creeré que es una cosa horrible la lidia de toros, siempre que se me demuestre que éstos, al salir á la plaza, no embisten ni acometen á los hombres y á los caballos sino á fuerza de hostigarles é irritarles.

Y no me diga usted que la fiera ha estado horas y horas encerrada en el chiquero para embravecerla, porque estas horas y horas se reducen á tres ó tres y media; encierro que maldita la falta que hace á uno de esos bravos cornúpetos que en el campo y en la ciudad causan el espanto de todo el que se pone á su alcance, como no sea el pastor á quien las reses están acostumbradas á ver desde su más tierna infancia.

Quisiera yo ver á mi señor D. José acercarse en la dehesa á un toro, no armado de pica, ó rejoncillo, ó rehiletès, ó muleta y espada, sino con ademán cariñoso, faz sonriente y un pedazo de

pan en la mano... Y quisiera también, puesto ya el impugnador de las corridas en el duro trance de ser enganchado por el dulce é inofensivo animal, que acudiera allí de improviso uno de esos abominables toreros, cuyo capote, maravillosamente manejado, ha servido en tantas y tantas ocasiones para salvar la vida á nuestros semejantes. ¡Otras cosas diría usted entonces de toros y toreros!

Por lo que toca á aquello de quitar la vida á bestias que no hacen daño á nadie, harto sabido tendrá usted, como persona erudita, el siguiente pasaje del *Quijote*:

«En esto atravesaron al jabalí poderoso sobre una acémila; y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto, le llevaron como en señal de vistosos despojos, á unas grandes tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas, donde se hallaban las mesas en orden y la comida aderezada; tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver la grandeza y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas á la duquesa de su roto vestido, dijo: si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos, seguro estu-

viera mi sayo de verse en este extremo; *yo no sé qué gusto se recibe de esperar á un animal, que, si os alcanza, con un colmillo, os puede quitar la vida;* yo me acuerdo de haber oído cantar un romance antiguo, que dice:

*De los osos seas comido
como Favila el nombrado.*

—Ese fue un rey godo, dijo don Quijote, que yendo á caza se lo comió un oso.—Eso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no quería yo que los príncipes y los reyes se pusieran en semejantes peligros *á trueque de un gusto, que parece no le habrá de ser, pues consiste en matar á un animal que no ha cometido delito alguno.*—Antes os engañáis, Sancho, respondió el duque, porque el ejercicio de la caza de animales es el más conveniente y necesario para los reyes y los príncipes que otro alguno; la caza es una imagen de la guerra; hay en ella estragemas, astucias, insidias para vencer á su salvo al enemigo; padécense en ella fríos grandísimos y calores intolerables, menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilitanse los miembros del que

la usa, y, en resolución es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie, y con gusto de muchos.»

Ahí tiene usted á Sancho Panza expresándose en los mismos términos que emplean los modernos impugnadores de las corridas de toros; y si todavía quiere usted ver á Cervantes remachando el clavo en las opiniones que pone en la boca de su ingenioso hidalgo, óigale usted, cuando dice que *es cosa que hace parecer bien á un gallardo caballero á los ojos de su rey, dar una lanzada, en mitad de una gran plaza, con feliz suceso, á un bravo toro.*

Ponga usted torero donde dice caballero, y público donde dice rey, puesto que el público es el verdadero soberano de estos tiempos, y hallará— atendido el cambio de las costumbres—alabada nuestra fiesta nacional por el más esclarecido de los ingenios españoles; y eso que, en tiempo del «regocijo de las musas,» las funciones de toros eran mucho más bárbaras, crueles y peligrosas de lo que hogaño pueden ser.

Confieso, no obstante, que casi casi me ha convencido usted, y me ha hecho derramar la-

grimas de ternura al citar las memorables palabras de un su amigo:

—«He estado en los toros, y, nada, amigo Navarrete, nada; ni un varetazo, ni una contusión; ha sido una tarde fatal: en cambio he tenido que lamentar que á un pobre toro viejo le han puesto banderillas de fuego; y, hablando ahora en serio—añadió—cuando más vociferaba el público, decía yo para mí: ¿quién sabe si á la vacuna de la madre de este toro castellano deberán la vida muchos hijos de los que más gritan?»

¡No es posible encontrar argumentos más sólidos é incontrovertibles! ¿A quién no convencen los razonamientos de un varón, todo bondad y caridad, que va la plaza á ver cogidas, varetazos y contusiones, y á falta de todo esto, lamenta la triste suerte de un toro chamuscado con las banderillas de fuego?

Hablo en serio, señor Navarrete, y crea usted que lo de la vacuna me ha llegado al alma... Sí, señor; desde hoy prometo no comer cabrito en casa de Botín, ni en otra parte alguna, por si la cabra que lo parió—no á Botín, sino al cabrito—hubiera criado con su leche á algún niño de mi

familia. Ni podré ver un borrico entregado á cruel arriero, sin estremecerme de horror ante la sospecha de que aquel asno sea hijo de la burra cuya leche me salvó de una terrible enfermedad.



Excita usted, Sr. D. José, al respetable marqués de San Carlos á que funde en España una *Sociedad abolicionista de las corridas de toros*, cuya propaganda y cuyos trabajos en la reunión pública, en la prensa y en los Cuerpos Colegisladores acabarían por obtener una ley que matase el espectáculo nacional.

Como buen hijo que soy del tiempo en que vivo, todo género de propaganda me parece de perlas; y á fe que si encuentro laudables y dignos de todo apoyo los esfuerzos hechos para desarrollar las ideas de que yo participo, tampoco me parecen mal, ni muchísimo menos, los trabajos hechos en pro de opiniones contrarias á las mías. Toda propaganda llevada á cabo en contra de un sentimiento público, sirve poderosa-

mente para que éste cobre nueva vida y mayores alientos; y esto que ocurre en todas las esferas de la vida social, en la política, en la religión, en las artes y en las costumbres, ha ocurrido siempre con las corridas de toros.

El mismo marqués de San Carlos, á quien usted acude para que se ponga al frente del movimiento antitaurino, podría dar fe de la verdad de mis aseveraciones. ¿Cuál fué el resultado de la propaganda que inició hace pocos años este respetable prócer? Nadie lo ha puesto en olvido: una agitación general en favor de las corridas y un afán tan grande por celebrar y presenciar espectáculos de este linaje, como pocas veces se había visto en el siglo actual. Los debates en los Cuerpos Colegisladores y en el Consejo superior de Agricultura interesaron poderosamente á las clases ilustradas y á las populares, viniendo á parar todo aquel *embulio*—como dicen los americanos—en que no se hablaba más que de toros y toreros, en que la sangre torera de los más comunicó su calor á los menos, en que la levadura tauromáquica que tiene en sí todo español salió á la superficie é influyó en toda la masa, y, final-

mente, en que la fiesta nacional venció en toda la línea, persuadiéndose el marqués de San Carlos y los suyos de que era en vano luchar contra la corriente.

Las propagandas son muy santas y muy buenas; pero es preciso llevarlas á cabo con mucha cautela y mucho tino para evitar que den resultados *contraproductentem*. Algo está ocurriendo en Francia que lo prueba de lleno, y eso que el hecho no se refiere á fiestas públicas ni á un asunto de interes general. Cuando mayor importancia tomaban los grandes trabajos científicos que el Dr. Pablo Bert y otros sabios profesores ejecutaban, valiéndose del procedimiento de la vivisección—cosa harto más cruel que el lidiar toros—los protectores de los animales, las personas sensibles y alguna parte de la prensa promovieron un *tolle tolle*, que dió por resultado la creación de una entusiasta y ardiente *Liga anti-viviseccionista*. Pues bien, mi respetable y simpático amigo: su propaganda ha sido tan exagerada, y tan ridículas sus campañas en favor de los pobrecitos animales y en contra de los pícaros hombres (llevadas hasta el punto de que una

solterona grotesca denunciase ante los tribunales á un sabio anatomista de París por mortificar á un perro), que en seguida se ha verificado una reacción completa en la prensa y en la opinión, cuyo respeto á los hombres de ciencia, en vez de empequeñecerse, se ha agrandado, como se ha agrandado también la risa que causan esas buenas señoras enemigas del género humano y adoratrices del santísimo perro faldero.

A pesar de estos y otros muchos ejemplos que pudieran citarse acerca de la esterilidad de ciertas propagandas, ustedes los enemigos de los toros harán bien en esperar más frutos de la sana y lenta persuasión que de las disposiciones coercitivas de la ley.

Varios son los casos que registra la historia de haber sido suprimido el espectáculo nacional. Siempre ha sucedido á la prohibición una reacción mucho más vehemente en favor de las corridas.

Isabel la Católica les declaró la guerra, y en verdad que obtuvo suceso mucho menos feliz que en sus guerras contra los moros. La actitud de los cortesanos fué tan hostil, que aquella so-

berana, con ser tan enérgica y amante de su autoridad, tuvo que volver sobre su acuerdo; y es de notar—como prueba de lo que voy diciendo—que precisamente entonces fué cuando la lidia empezó á practicarse con más lujo y boato, y cuando acordaron las ciudades señalar lugar determinado para tales festejos, y darles orden y fisonomía con las ordenanzas, bandos y preven- ciones que el caso requería.

Más adelante, después del apogeo á que ha- bían llegado estos ejercicios en los siglos XVI y XVII, empezaron á declinar desde el principio del reinado de Felipe V, á causa de la poca afi- ción que á ello manifestaba la corte francesa del primer Borbón; lo cual no impidió que la afición se sostuviese vigorosa en todo lo demás del reino, y que el mismo pueblo de Madrid mantuviese tan viva su afición, que el duque de Saint-Si- mon cuenta en sus célebres *Memorias* que es- tando de embajador en Madrid en 1721, fué á ver una noche ciertas iluminaciones de la Plaza Mayor:

«En cuanto me asomé al balcón—dice el aristócrata francés—la muchedumbre que pasea-

ba por la Plaza se arremolinó debajo de las ventanas, y empezó á gritar: *Señor, ¡toros, toros!* Era el pueblo, que me pedía obtuviese del rey la concesión de una corrida de toros; festejo que S. M. no permitía en Madrid desde algunos años antes, por escrúpulos de conciencia.»

¿A qué condujeron estos escrúpulos de conciencia del primer Borbón? A que entonces, cabalmente, faltando á tales regocijos—como observa *El Solitario*—los alicientes que prestaba la nobleza con su ostentación y valor entraran á sustituirlos en el entretenimiento del pueblo gentes de otro jaez, tomando un estipendio por su arrojo, habilidad é invenciones mil que introdujeron en el arte, creando el toreo moderno.

Vino más tarde Carlos III, napolitano de nación, y también prohibió los toros; pero fué tal el clamoreo del pueblo y el disgusto de las clases elevadas, que el monarca, á despecho de su energía proverbial, tuvo que revocar sus órdenes, y el toreo de á pie y á caballo llegó, durante los últimos años de aquel reinado y durante el de Carlos IV, á imprimir característico é indeleble sello á toda una época.

Sufrió España los horrores de la invasión napoleónica, y ciñó José Bonaparte la corona de los Borbones desterrados. El imtruso prohibió también las fiestas de toros; pero ¡qué palinodia la que cantó! No sólo volvió á consentir el espectáculo nacional, sino que lo autorizó con su presencia, llegando á hacer espléndidos regalos á los matadores de mayor mérito. Más aún: mandó celebrar corridas de toros en honor de lo que había de ser más antipático á los españoles. Puso un cartel de la plaza de Madrid anunciando una gran corrida de toros para el 15 de Agosto de 1810, con ocasión de celebrarse en tal día el natalicio de S. M. Napoleón I, Emperador de los franceses y Rey de Italia.

Ningún Gobierno, de entonces acá, ha osado atentar á nuestras manifiestas é inexpugnables aficiones. Con festejos tauromáquicos se han celebrado, lo mismo los sucesos más faustos para la monarquía, que los más gratos para la libertad. Fernando VII, Isabel II y Alfonso XII gustaron grandemente del espectáculo torero, á pesar de que no siempre fueron recibidas sus reales personas por el público de los toros con mues-

tras de afabilidad y simpatía, como ya he dicho en páginas anteriores. La revolución celebró con esta clase de festejos sus mejores triunfos. El rey don Amadeo I no perdía corrida alguna. La República, en fin, dotó á la capital de España de un circo verdaderamente monumental; y ¡á fe que no influían entonces en la esfera del poder esos *jesuitas de capa corta* que tanto preocupan á usted, mi querido y liberal amigo D. José!

Persistan ustedes, si les place, en su pacífica propaganda; pero procuren también que el Gobierno no se meta para nada con los toros—si no es para castigar á las Empresas que abusan del natural candor del público—porque á las órdenes prohibitivas del poder sucedería la fogosa reacción taurófila de siempre, y en este caso ustedes los taurófobos tendrían mucho más que sentir y que rabiarse, viendo quizá á *Lagartijo* en la mismísima presidencia del Consejo de ministros. ¡Bien se está San Pedro en Roma, y *Lagartijo* en el redondell!...

Dice usted, Sr. Navarrete, que en la prensa se han hecho brillantes campañas contra las corridas.

De la brillantez y fruto de esas campañas responde la afición creciente por el espectáculo. Del formidable empuje demostrado por el ejército antitaurino, responde usted mismo, no citando más que tres periódicos en toda España y en todo el siglo, que hayan tomado parte en esa guerra. Nombra usted al *Diario de Cádiz*, porque en 1868 publicó un artículo de D. Antonio María Segovia, satirizando un cartel de toros. Nombra usted después á *El Peninsular*, periódico de aquella capital, una de las más toreras de España; y cita usted, por fin, á *El Orden*, ilustrado periódico que se publicó en 1874, en el cual escribían periodistas de tan gran reputación como Castelar, Moreno Rodríguez y Sánchez Pérez. Los Sres. Castelar y Sánchez Pérez son muy dueños de odiar platónicamente las corridas de toros. Si D. Pedro Moreno Rodríguez las odia hoy, será porque de los escarmentados nacen los avisados, pues es fama que este ilustrado escritor, allá en sus tiempos de arrogante y gentil mancebo, lidió reses bravas, á fuer de aficionado de pura sangre, y aun se dice que experimentó á costa de su cuerpo las facultades ofensivas y

defensivas de una res. Hoy dirige *El Globo*, en cuya redacción también es poderosísima la influencia del Sr. Castelar; y sin embargo, ni al señor Castelar ni al Sr. Moreno Rodríguez, como hombres discretísimos que son, les ha pasado por las mientes suprimir las sabrosas y amenas crónicas tauromáquicas que firma *Un Aguacil*.

Por lo que toca á *El Correo* y *El Día*, periódicos que cita usted como antitaurinos, permítaseme creer poco sólidos y robustos los cimientos de su nueva fe. Si desde que comenzaron á publicarse, hubieran manifestado su aversión á los toros, nada tendría yo que decir de su sinceridad y autoridad en este punto. Pero es el caso que uno y otro diario han publicado durante algunos años sendas revistas de toros, sin que el espectáculo nacional les haya parecido abominable.

En las columnas de *El Día* hubo revistas para todos los gustos, desde las profesionales y dogmáticas que escribía gravemente el difunto Santa Coloma, hasta las retozonas y chispeantes reseñas, obras perfectas de buen humor, que escribía

Aficiones. Aunque tengo presente la vulgar recomendación de que

*no se meta naide
en la casa de naide,*

no puedo dispensarme de observar que la desaparición de estas revistas coincidió con la salida de buena parte de los elementos que formaban la redacción de este ilustrado periódico.

El Correo igualmente publicó durante mucho tiempo revistas de toros, hasta que un día su director fué tocado repentinamente de la gracia divina, ni más ni menos que Saulo en el camino de Damasco. Dejó entonces de publicar dichas reseñas; pero las sustituyó ¡oh poder de la lógica! con largas descripciones de las carreras de caballos.

¡Cuánto debe padecer el Sr. Ferreras cada vez que vea en su periódico la noticia de un jockey descalabrado ó muerto, de un hermoso caballo perniquebrado ó reventado, de una engañifa ó estafa descubierta, ó de cualquier otro, en fin, de los lances de estas *cultas* fiestas!

Si los tres periódicos democráticos *El Imparcial*, *El Liberal* y *El Globo*, que, juntamente con

La Correspondencia, han alcanzado mayor circulación en España, conceden á las fiestas de toros el espacio que el público pide, no es sólo por el móvil del lucro, sino también—como indicaba atinadamente Estévez Calderón—porque este espectáculo merece siempre del escritor público toda aquella atención que sobre sí llaman los hechos constantes y de forzosa repetición, que nunca se desmienten y que sufren y saben resistir el transcurso de los siglos, y lo que es más admirable todavía, el trueque de las ideas y la revolución de los Estados.

A esto es á lo que se atienen los redactores de dichos periódicos en general, y en particular los que usan los seudónimos de *Sentimientos*, *Un Alguacil* y *Sobaquillo*. Agradezco, en nombre de los dos primeros, las justísimas alabanzas que le tributa el Sr. Navarrete, lamentando, también en nombre de los mismos, que un escritor de tan envidiable renombre y de tan pura casta española se obstine en arrojar negras manchas sobre el brillante cuadro que, tratado por él, recibiría nueva luz, nuevo relieve y nuevos colores.



«¡Sin los grandes ganaderos no habría corridas de toros! ¡Ellos son los mantenedores de la execrable fiesta! ¡Ellos son los responsables de esa ignominia!»

Así exclama el Sr. Navarrete, embrazando la adarga y enristrando el lanzón contra nuevos Briareos y Pentapolines.

En punto á las relaciones de las corridas de toros con la agricultura y la ganadería, nada podría yo decir por mi cuenta, que no haya dicho con abundancia de datos y solidez de razones el Sr. D. Miguel López Martínez, que recibió de la sección de ganadería, segunda del Consejo Superior de Agricultura, el honroso encargo de redactar el dictamen sobre el expediente que se formó en dicho cuerpo acerca de las corridas de toros.

No es posible oponer mayor ni mejor suma de argumentos á las vanas y puramente ideales declamaciones del Sr. Navarrete, que los contenidos en las siguientes líneas:

«He aquí el silogismo de nuestros adversarios. Sin las corridas de toros no existiría la raza vacuna brava; es así que la raza vacuna brava es

perjudicial á los intereses rurales; luego las corridas de toros son contrarias á esos intereses.

Otro silogismo: la especie caballar es favorable á la agricultura en proporción al número de sus individuos; es así que las corridas de toros merman en gran cantidad el número de caballos; luego las corridas de toros son perjudiciales á la agricultura.

Planteadas la cuestión así, al estilo escolástico, sería difícil, imposible probar la proposición menor del primer silogismo y la mayor del segundo.

Los que califican de perjudicial el espectáculo á los intereses rurales, no han estudiado la cuestión, en nuestro concepto, con el detenimiento necesario, dicho sea sin ánimo de ofenderlos.— ¿A quién y cómo causan el daño? ¿A la ganadería mansa? ¿A los propietarios de dehesas? ¿Al cultivo de la tierra? ¿Al surtido del mercado? Como se ve, la cuestión es de importancia, y estando la opinión contraria muy arraigada y extendida, oportuno es tratarla con el debido espacio.

El ganado manso vacuno se divide en tres grupos: uno propio para el trabajo, otro para el

cebo y otro para la producción de la leche. El primero se distingue por el nervio, por el vigor de la musculatura; el segundo por la precocidad en el desarrollo; el tercero por la facultad secreta y la forma de la ubre. La raza para el trabajo se cría bien al aire libre y en climas cálidos y secos; la raza de leche exige reposo, terrenos fértiles, atmósfera húmeda y población condensada; las razas de carne requieren alimento variado y abundante, y poco ejercicio. Como se ve, cada grupo tiene su región adecuada, aunque no diremos absolutamente exclusiva.

Las razas lechera y de carne pueden vivir y sostenerse, á fuerza de cuidados y sacrificios, en la región propia para las de trabajo; pero es indudable que degenerarían en ella, como degeneraría la de trabajo con un sistema de estabulación continuado, en un clima lluvioso, y comiendo siempre pasto verde ó viviendo en prados artificiales.

Dedúcese de esto, que la prosperidad de la ganadería no consiste en que se generalice una raza, por perfecta que sea, sino en que cada región tenga la que le sea propia.

Esto supuesto, ni hay perjuicio en criar la raza brava en las comarcas en que prospera y se mejora, ni habría conveniencia en sustituirla por ninguna de las que constituyen el grupo manso. No la habría en llevar la de trabajo, porque la brava, que es susceptible de doma, tiene más fuerza y es más resistente que las mansas; no tampoco la de carne, porque ninguna en España tiene mejores condiciones para el cebo; y en cuanto á la de leche, no se llevaría en ningún caso, por lo que no se llevan á las dehesas en que no pastan toros de lidia, porque faltan condiciones para semejante reemplazo.

Y no se diga que éste se podría hacer con ganado extranjero perfeccionado. Tal intento produciría irremisiblemente un desengaño, y la constancia en el empeño conduciría á la ruina segura del ganadero, así como el ejemplo del fracaso detendría por la desconfianza y el temor la realización de otros proyectos de reforma.

Ya se han traído á España las razas de más reputación en Europa: la Southdown y la Dishley entre las lanares; la Essex y la de York, entre las de cerda; la Durham y la Holandesa entre las va-

cunas; ¿y qué ha sucedido? Que las primeras no pudieron resistir nuestro calor estival, y desaparecieron; que las segundas no pudieron resistir la vida aventurera al aire libre, y desaparecieron; que las terceras no pudieron continuar en el sistema de pastoreo y explotación á que estaban acostumbradas, y también desaparecieron.

No podía ser de otro modo, y lo demostraremos con una explicación sencilla: una vaca holandesa puede dar 37 cuartillos de leche diarios en ciertas temporadas. Tres vacas necesitan una persona para el ordeño. Una ganadería de 150 vacas habría menester cincuenta personas, y podría producir 4.500 cuartillos. Supongamos una dehesa de Sierra Morena ó de los montes de Toledo: pues no habría mercado para la leche, ni edificios adecuados para convertirla en queso y manteca, ni siquiera población para plantear esas industrias. Deduzcan nuestros lectores el resultado.

Importa mucho hacer una observación de interés en esta materia. El clima del país y sus circunstancias físicas son tan favorables á la bravura de la especie, que las razas mansas adque-

ren esa condición si se abandonan á sí mismas. Por eso las hay en diversas provincias: en Navarra, en La Muñeza y Colmenar, en la Mancha baja, en Andalucía; es decir, desde el extremo Norte al extremo Sur de la Península.

Dedúcese claramente de lo expuesto que el ganado bravo no hace competencia á las razas mansas, y que éstas no podrían sustituirlo con ventaja para la producción agrícola y pecuaria. Los terratenientes nada ganarían, y aun algo podrían perder con que desapareciera, por el mayor provecho que sacan arrendando las dehesas para ganadería de plaza, y los ganaderos algo ó mucho podrían perder también por su parte, pues nunca se venden las reses mansas á tan alto precio como las de lidia. En ciento veintisiete años se han matado en las plazas 38.100 reses, al precio de 4.000 rs., término medio: han importado ~~152.400.000~~ 152.400.000. El mismo número de reses mansas no habría valido más de 57.150.000 rs., y la diferencia resultante de 95.250.000 rs. es evidente que ha quedado distribuída entre el terrateniente y el ganadero.

Y no sé diga que fuera de esto sería más con-

veniente dedicar á la labor los toros que mueren en la plaza. Aquí sobran bueyes para la labor, por la preferencia que se da hoy á las mulas, y sobrarán después, si la agricultura progresa, por la que se dará á los caballos.

Por eso es tan errónea la creencia de que los intereses rurales reclaman en la actualidad la desaparición de la raza de toros bravos, que es la criada con más esmero y más perfecta. Las reglas de la selección de reproductores son observadas con aplicación á ella con gran cuidado é inteligencia, y los resultados obtenidos son completamente satisfactorios y pueden servir de ejemplo y enseñanza á todos los ganaderos.

Obsérvense las cualidades físicas que la caracterizan, y se verá que son de una regularidad tan completa, que muchos ejemplares tienen una sorprendente analogía con los de las razas más famosas inglesas. Son cortos de patas, tienen poco hueso, la cabeza pequeña, el pecho ancho, el lomo recto y la forma general del cuerpo cuadrangular, que es la más propia para que se verifique con regularidad y armonía el desarrollo de todas sus partes.

Las cualidades internas corresponden, como es natural, á la contextura física. A causa de la amplitud pectoral que la distingue, la respiración es profunda y desahogada y consume una gran cantidad de carbono. Débese á eso el predominio de la fibra muscular, base de su robustez, de su vigor y resistencia. Un novillo bravo puesto en el surco, labra más que otro de raza mansa; unido á la carreta, lleva más peso y con menos fatiga.

La raza Salers es una de las mejores de Europa para trabajo, y no llega á la nuestra, pudiéndolo demostrar con una observación hecha por nosotros. Hemos contado los pasos que dan por minuto los bueyes Salers no siendo molestados, y los que dan bueyes procedentes de Colmenar y Jarama. Constantemente la celeridad de éstos es mayor, y se comprende por ser menos linfáticos. Aunque la ventaja se reduzca á cuatro pasos por minuto, llegará en la hora á 240, y en el día, de trabajo ordinario, á 2.400. Y como cada paso tiene una representación en el valor del jornal, claro es que ese exceso de 2.400 pasos equivale en cifra á un grado superior en la escala de la

mejora. ¡Gracias á Dios que podemos decir y probar que tenemos una raza mejor que las mejores razas extranjeras!

No en balde y sin razón, los criadores entendidos buscan sementales bravas para dar á las razas mansas, por medio del cruzamiento, nervio y gallardía.

¡Ese es el ganado que algunos consideran contrario á los intereses rurales! Si las corridas de toros se suprimiesen, el Gobierno debería procurar la conservación de las mejores ganaderías con premios y estímulos multiplicados.

Aún presentaremos un dato que ponga en evidencia que el ganado bravo no es causa de la decadencia de la especie vacuna en España, y que con su desaparición no tendría notable incremento la riqueza pecuaria.

A 37 millones asciende el número de reses de las diversas especies en España, y de ellas sólo tres millones corresponden á la vacuna. Según cálculos bien fundados, no llegando las reses bravas á *veinte mil*, fácilmente se comprenderá que ese corto número no puede influir en daño en el resto de la ganadería.

La prosperidad de la industria pecuaria hay que buscarla de otro modo que suprimiendo las corridas de toros; hay que buscarla, por ejemplo, uniendo, con vínculo más estrecho que lo están, la agricultura y la ganadería, de modo que no haya ganadero que no sea agricultor, ni agricultor que deje de ser ganadero en las proporciones debidas; empleando en la cría y en el aprovechamiento del ganado el capital necesario, á fin de crear las industrias á que pueda dar origen la ganadería; mejorando las condiciones de las dehesas, abriendo pozos en las que no haya abrevadero, y empradeciéndolos con buenas semillas; mejorando las razas por medio de una acertada elección de sementales; destinando y preparando para alimento de las reses los desperdicios de las granjas, etc. Que esto es exacto, lo prueba el hecho de que la producción agrícola y pecuaria no es mayor en las comarcas en que se cría el ganado bravo que en aquellas en que no se conoce.

Aparte de esto, no basta una creencia, cuando no puede ser demostrada, para pedir ó para aconsejar que el Gobierno influya, ni menos le-

gisle, en cosas que sólo puede resolver con acierto el criterio individual dentro de la esfera privada. Por eso en la actualidad no hay Ministro que no prefiera la iniciativa particular á la administrativa en el fomento de los intereses rurales. El poder, dando gran prueba de cordura, teme equivocarse legislando sobre asuntos que deben ser de la incumbencia del ciudadano; y nosotros, renunciando á nuestra libertad y desconfiando de nuestra dirección, ¿hemos de empeñarnos en abdicar en su favor nuestro criterio?

¡No! Eso pasó. Ya no es dable resucitar, por ningún motivo ni pretexto, el sistema restrictivo para los productores agrícolas; sistema violento que dictó en pasados tiempos leyes entonces por algunos aplaudidas, y hoy juzgadas por todos, con razón, como contrarias á los intereses protegidos...»

Todo esto es, además de exacto, elocuente.

Elocuente se muestra usted también, mi amigo D. José, pidiendo con acentos que envidiarían Savonarola, Juan de Ávila y hasta Fray Diego de Cádiz, el reparto de las dehesas entre los obreros agrícolas y la conversión del capital

que representa el ganado bravo en instrumentos de labranza.

Pero, puesto ya á pedir, ¿por que no pide usted también que se repartan entre los obreros sin trabajo las cuantiosísimas sumas que se invierten en el sostenimiento de los caballos de lujo y de carrera? ¿Por qué no pide usted que los caseros repartan sus haberes entre los inquilinos? ¿Por qué no pide usted, en fin, la luna?



Y cuenta que si pidiera usted la luna, no se quedaría usted completamente *in albis*; porque, cuando no la luna entera, la *Impugnación de las fiestas de toros* merece en ocasiones la media luna.

¡Valgame Dios, y qué cosas se le ocurren á mi señor don José!—Abominar de todo el que tiene algo que ver con el espectáculo nacional, desde el ganadero hasta el mono sabio, desde el cochero que lleva gente á los toros hasta el escritor que describe estas fiestas, y ponerse en seguida á definir la «enjundia» de *Lagnrtijo*, las dotes

de *Frascuelo* y el «eclecticismo» de *Curro*, tiene remuchísima gracia, y me causa el mismo efecto que me produciría oír disertar á un ciego de nacimiento sobre los colores complementarios, ó ver á Pepe Nakens y Juan Vallejo tratando en serio desde las columnas de *El Motín* la cuestión del *omonsios* y el *omoiusios*, tan traída y llevada en los primeros siglos de la Iglesia.

Pero usted no es en esto de los toros un ciego de nacimiento, sino un diablo que, hartado de carne, se ha metido á fraile, al modo de aquel San Camilo de Lelis, ó aquel San Franco de Sena, que abominaban y renegaban del mundo, después de haber gustado ampliamente todas sus pompas y delicias.—Si usted reniega de la fiesta española, no es por nativa antipatía ó por razonada convicción, sino por hastío; ni más ni menos que acontece con los confiteros que, en fuerza de hartazgos, llegan á odiar las más delicadas golosinas.

Así y todo, es imperdonable é inexplicable que usted, aficionado á los toros durante tantos años, se empeñe ahora en aumentar el catálogo de las desgracias acaecidas á los toreros, llamando es-

pada al aficionado Oliva, que murió en la plaza de Madrid como mueren otros tirándose desde el viaducto á la calle de Segovia; y diciendo que Montes y Manuel Domínguez quedaron inutilizados para la lidia, á consecuencia de una cogida, cuando nadie ignora que Montes sanó de la ultima sufrida en Madrid en el año 1850, y que Domínguez toreó hasta pocos años antes de su muerte, ocurrida hace un año, después de la terrible cogida que tuvo en 1857.

Estos excesos de la fantasía antitaurina al lado del peregrino descubrimiento de que la corte de vagos y maletas que tienen esos toreros de pandereta y abanico, es el principal vivero y criadero de timadores, rateros y espadistas...

Ninguna respuesta se me ocurre más elocuente que la dada á este punto por Peña y Goñi desde las columnas de *La Lidia*.

Hela aquí:

«Indudablemente el Sr. Navarrete no ha calculado el alcance de sus palabras, y se ha dejado llevar, al azar y sin freno, por los ardores de una imaginación poco ponderada, como ahora se dice.

¿Cómo se comprende si no que una persona, á quien debemos suponer ilustrada, lance, así, *ab irato*, y sin prueba alguna, violenta y calumniosa acusación á la frente de unos hombres que ganan el diario sustento honradamente, y cuyo crimen consiste quizá en no haber nacido entre paños de batista?

¿Cómo se comprende que el Sr. Navarrete desconozca lo que es la sociedad y lo que es el hombre, al extremo de imputar á una clase desheredada por la fortuna faltas que la experiencia acumula en mayor cantidad y calidad á clases de distinguido linaje?»

Pasemos por alto esa corte puramente fantástica que el Sr. Navarrete asigna á la gente de coleta, lo cual viene á poner una vez más en evidencia que dicho señor no conoce, ni poco ni mucho, á los toreros, y fijémonos en la afirmación incalificable de que la corte que rodea á los diestros es la que da *mayormente* los timadores, los espadistas y los rateros.

¡Ah, Sr. Navarrete! Si se fuera á hacer una estadística escrupulosa de los timadores, espadistas y rateros sin *alias*, que pululan por ahí; si se

fuera á comparar el número de robos, estafas, falsificaciones, timos, abusos de confianza y toda suerte de crímenes que ponen de manifiesto la perversión de la bestia humana que no se acerca á los toreros, con los «cortesianos de gorra, pelo hacia delante y echado sobre la oreja, chaqueta corta, pantalón ajustado, botinas de color y las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta;» si se fuera á comparar la cifra que arrojan los timos de éstos, con la que arrojan los timos de la gente de chaqué, levita, frac y guante de color ó descolorido; si se fuera á comparar á unas clases con otras...

¡Ah, Sr. Navarrete! ¡qué terrible desengaño sufriría usted!

¡Cómo había usted de arrepentirse de haber insultado sin motivo á esos infelices «cortesianos de gorra, pelo hacia delante! etc., etc.

No, señor de Navarrete. El ejemplo del valor personal es una excelente escuela que, lejos de engendrar malos instintos, puede, al contrario, encaminarlos por el lado del corazón, que es el lado bueno. Canallas los hay en todas partes; y Talleyrand dijo una horrible verdad, cuando

dijo *Plus je connais les hommes, plus j'aime les chiens* (cuanto más conozco á los hombres, quiero más á los perros); pero es más fácil, mucho más fácil que la perversión cunda entre los que contemplan la molicie y el lujo que mantiene á ramerías sin vergüenza y las lleva en carruaje de doble suspensión, que entre los que ven una existencia acomodada, ganada y sostenida por un trabajo titánico y constante, durante ocho meses del año.

Cuando Talleyrand, que pasa por uno de los diplomáticos más refinados y cínicos del mundo, dijo lo que dijo, ¿aludía á los «cortezanos de gorra, pelo hacia delante, etc.?»

No: aludía á las clases opuestas, y era hombre que debía conocerlas al dedillo.

A mayor abundamiento, fresca y coleando está la siguiente *saeta* de Leopoldo Cano, que acaba de publicar una colección de ellas, muy hermosa y abundante:

«*La vida* del hombre malo:
primero, el vicio y el lujo;
después, el juego y el robo;
y, luego, el juez... y el indulto.»

¡Cuán lejos está el autor de *La Pasionaria* de pensar como el Sr. Navarrete!

Decir, pues, lo que el Sr. Navarrete dice, es desconocer en absoluto la naturaleza humana, y vilipendiar á una clase que, lejos de ofrecer á sus *cortezanos* el ejemplo de la ociosidad, madre de todos vicios, les enseña á luchar por la existencia con las armas del trabajo valeroso y arriesgado; con las armas de un trabajo que los hace objeto de admiración general; con las armas de un trabajo que ha dado muchísimos miles de duros á los pobres, y mantiene decorosamente á algunos miles de familias.»



Podrán, los que se den por convencidos con los argumentos de usted, tacharle de demole-dor, pero no de nihilista. Podrán quejarse de que les arrebatara usted su antigua fe, pero serán muy descontentadizos si no aceptan la nueva fe que usted les predica en clase de Mesías. Les quita la fe en los toros, y les aconseja la fe en el Car-naval.

Esa clasificación que usted hace, amigo don José, de fiestas que separan y fiestas que aproximan; fiestas que dividen y fiestas que acercan, juro á usted que me parece, después de la invención del teléfono y del descubrimiento de las pastillas Géraudel, uno de los más maravillosos hallazgos del siglo XIX.

¡Sí! Las corridas de toros son las fiestas del odio, y las Carnestolendas las fiestas de la fraternidad universal.

En vano será que algunas personas del antiguo régimen declamen contra las aficiones tau-rinas, porque precisamente hacen de esta sociedad española la más democrática del mundo, confundiendo en la plaza al grande de España con el último menestral, al rico con el pobre, y al hombre de más cultivada inteligencia, con el más estúpido, pues se ven unidos los dos con los vínculos de un mismo entusiasmo. En vano será la plaza de toros el único sitio en donde se borran y desaparecen por completo todas nuestras divisiones políticas, religiosas y regionales; en donde el absolutista fraterniza con el demagogo; en donde el presbítero, con sotana ó sin ella, intima

con el anticlerical furibundo; en donde el enemigo rabioso de Romero Robledo mira á éste con verdadero cariño, unidos momentaneamente uno y otro en el común afecto á *Lagartijo*; en donde el catalán se siente castellano, y el vizcaino resulta andaluz, y el americano y el portugués se sienten adheridos de nuevo á la madre patria española; en donde el realista más [acérrimo y el conservador más amante del principio de autoridad silban y denuestan al monarca y al presidente, sin que el rey silbado y el alcalde ultrajado se den por ofendidos y dejen de volver una y mil veces á arrostrar de nuevo los mismos oprobios. En vano será que pasen temporadas y temporadas enteras de toros—en Madrid, se entiende—sin que un solo espectador haya salido de la plaza hacia la cárcel, percance de que no se han librado—como ya he dicho páginas atrás—ni aun los mismos asistentes á los bailes dados por Alfonso XII en su palacio. En vano será todo esto: el Sr. Navarrete dice que la fiesta nacional es la fiesta del odio, y esto basta. ¡Lástima, Sr. D. José, que no se llame usted D. Blas!

En cambio, el Carnaval es la fiesta de la fra-

ternidad universal, y esta es una verdad tan grande como las bofetadas que se dan y reciben desde el cabo de Finisterre al de Creus, y desde la punta del de Machichaco á la de Gata, durante las fraternales fiestas de Carnestolendas.

¿No han de fraternizar en Carnaval las gentes, si no hay mano de varón audaz que no intime con las turgencias de hembra bien formada, ni mano de mancebo caliente de cascos que no se junte con el rostro de cualquier ciudadano pacífico; ni prevención de distrito donde no se contraigan amistades sin número; ni profesora de partos que tenga un minuto de reposo allá por Noviembre, si el Carnaval cayó allá por Febrero; ni buñolería en donde, de cinco á seis de la mañana, no fraternicen á estacazo limpio el señorito distinguido y el chulo fandanguero; ni señorita recatada con quien no estreche lazos de fraternidad el primer insolente que se ponga una careta; ni dama aristocrática que, al bajar al Prado en su coche, no se vea expuesta á fraternizar intimamente con el primer zarraspatroso á quien se le antoje tomar asiento en el *milord* ó en el *landeau*; ni hombre tranquilo que pueda salir á la

calle sin verse asaltado por turbas de pedigüeños insaciables ó de bromistas de mal género, amparados por las leyes de la fraternidad carnavalesca?

Dése rienda suelta en esos días á toda clase de vicios; encubran los suyos bajo las faldas de mujer ciertos hombres arrepentidos de serlo, que por un baile de *cabayeros* solos en el Ramillete dan todas las corridas de toros habidas y por haber; rehuyan los tomadores y rateros la vigilancia de la autoridad, formando cierta clase de comparsas; surjan en las familias los disgustos que han dado motivo para tantas comedias y sainetes en el teatro, y para tantos dramas en la vida real; convengan todos los que conocen el tiempo en que viven que son incompatibles con la cultura moderna esos regocijos, reliquia de los que el despotismo antiguo autorizaba al siervo y al vasallo para hacerles olvidar por un momento su esclavitud... Todo eso, y muchas cosas más, se olvida y perdona de buen grado, ante la consideración de que estas fiestas son las de la fraternidad universal, de esa fraternidad que se impone á fuerza de desvergüenza y osadía, á bofetada limpia y retozo sucio.

Por lo demás, si tenemos aquí esos solaces que tanto seducen á usted; si contamos cada vez con más teatros y más artistas; si hay ferias magníficas y veladas populares cuyos atractivos se acrecientan de año en año; si va en aumento la boga de los juegos florales; si menudean más y más las exposiciones de Bellas Artes, de la industria y el comercio, de minería, de plantas, de aves, de ganados, y de cuanto Dios crió y el hombre perfeccionó; si la cultura pública en general se eleva gradualmente, y si entre los individuos que más esfuerzos hacen por elevar ese nivel se cuenta tan gran número de aficionados á toros, ¿dónde está el deletéreo influjo de las fiestas taurinas en nuestras costumbres y en nuestra vida nacional?

Usted mismo, amigo D. José, observando que la capital de Vizcaya, una de las más adelantadas, industriosas, morigeradas y liberales ciudades de España, tenga, no ya una, sino dos plazas de toros, á pesar de que allí puede solazarse la población con los festejos en la ría, con los juegos de pelota, con los teatros, con las *aurrescus*, con las regatas, con las romerías, con las cucañas, y

cien diversiones más, da usted la prueba de que las fiestas de toros son una potente é incontrastable manifestación de la vida española, que en nada impide ni entorpece el desarrollo de nuestras mejores actividades.

Si á esto añade usted que el desarrollo de la criminalidad, como ha demostrado con números el consejero de Agricultura Sr. López Martínez en el folleto ya citado, es mayor en las provincias donde se corren menos toros al año que en aquellas otras de igual población donde se dan más corridas; y si tiene usted en cuenta también—ya que habla usted candorosamente de los *jesuitas de capa corta*—que las ciudades más atrasadas y dominadas por el clero que hay en la nación, son las que ven muy rara vez corridas de toros, ó no tienen plaza donde éstos se lidien, ¿qué queda de tantas declamaciones hueras y de tantas argucias vanas?

Queda, mi excelente amigo, un puñado de páginas en que ha lucido usted su estilo y su ingenio, á costa de la exactitud de los hechos y de la imparcialidad con que han de mirarse estas significativas y constantes manifestaciones del

carácter de un pueblo *á través del tiempo y del espacio*, como diría el más grandilocuente de los tribunos españoles.

No diré yo que las corridas de toros sean una fiesta del espíritu, ni un regocijo de la inteligencia, por más que sus pintorescos y viriles aspectos hayan dado pábulo á no pocas expresiones del ingenio y del arte. Tampoco diré que la muleta de *Lagartijo* y el estoque de *Frascueto* sean factores poderosos en el desarrollo de nuestra cultura... Es más; para que vea usted que no me duelen prendas, confesaré que los espectáculos de esta clase son una barbaridad, siempre que se me conceda que de todas las diversiones en donde intervienen la fuerza corporal y el peligro de la vida, la lidia de toros es la menos inhumana y menos inmoral; que los ejercicios acrobáticos, por ejemplo, son incomparablemente más desastrosos, viles y crueles, á despecho de la boga que alcanzan en las ciudades más cultas del mundo; que las carreras de caballos y los demás deportes que en pueblos extranjeros logran tener carácter nacional, dando lugar á sinnúmero de desgracias y de desastres privados, no se sostienen sino

por ser, á la manera de las corridas de toros, como una especie de válvula que han menester las muchedumbres para dar escape á gustos y emociones violentas que están y estarán perpetuamente en la naturaleza humana; que mientras practiquemos y llamemos noble al ejercicio de la caza, no tendremos derecho á tachar de sanguinaria la fiesta española; y que menos, en fin, podrán escandalizarse de que un torero se gane la vida matando reses, los que se la ganan matando á sus semejantes; pues si bien la profesión de las armas es la más honrosa de todas mientras sirve de defensa al derecho y la patria, ninguna otra ha contribuido más, desde que el mundo es mundo, al sostén de las injusticias, despotismos, retrocesos y vilipendios más horribles.

Se me dirá que hablo el lenguaje del sentimentalismo cursi y pueril; pero ¿no es éste cabalmente el que usan los adversarios de las corridas de toros?—Dijeran en buena hora que no les gusta esta clase de regocijos, y nada tendríamos que oponer los que con ellos nos solazamos. Ahora, en tanto que se nos acuse de inhumanos, bárbaros y crueles, fuerza nos será probar que, á par del

progresivo perfeccionamiento de la humanidad, habrá siempre muchedumbres que con las fiestas más delicadas del espíritu alternen el gusto de arriesgar la vida en toda clase de lides corporales, de perseguir temibles fieras y exterminar inocentes animales, de dominar al prójimo por medio de la fuerza, de divertirse con espectáculos en que el vigor viril y el desprecio de la vida ocupen el primer sitio, de impedir que la cultura degeneren en afeminamiento por medio de sanas reacciones hacia la intrepidez primitiva, y de hacer mil cosas más, condenadas en las místicas é ideales aspiraciones hacia una perfección imposible, pero tan inherentes á la naturaleza humana como la sangre misma, los nervios, los huesos y los músculos.

Esta es la moraleja, mi querido D. José, de cuanto vengo diciendo: la razón de la sinrazón tauromáquica; la envidia de la cuestión, como usted diría; la filosofía de los toros, que dijo el inoivable *Abenamar*; el extracto, en fin, de cuerno Liebig, como diría el irreemplazable *Sentimientos*.



Todo el prolijo alegato que antecede debió haberse echado á la plaza, para que el público lo picara, banderilleara y matara á estoque—á menos que lo hubiese retirado al corral—en el pasado año de 1886; pero se quedó detenido en el chiquero, á causa de la grave enfermedad que padeció una persona sin la cual no es nada en el mundo este pecador y humilde *Sobaquillo*.

¿Querrá usted creer, queridísimo Navarrete, que al releer y terminar las anteriores páginas, me han dado vivísimas ganas, si no de romperlas, al menos de renovarlas totalmente?—En efecto, los puntos que, contra mi voluntad, he tratado más en serio, quisiera tratarlos ahora en tono de broma y chanza, así como aquellas bur-las inspiradas por el calor de la improvisación, las trocaría hoy de buen grado en anatemas más severos que los del mismo *Syllabus*.

Quizás este cambio en el modo de ver las cosas es propiedad del asunto mismo que entrambos hemos tratado, tan movedizo, tan mudable y tan extraño, tan lleno de pintorescos y deslumbrantes pormenores, que á las veces se truecan en horribles incidentes, y de tristes y mise-

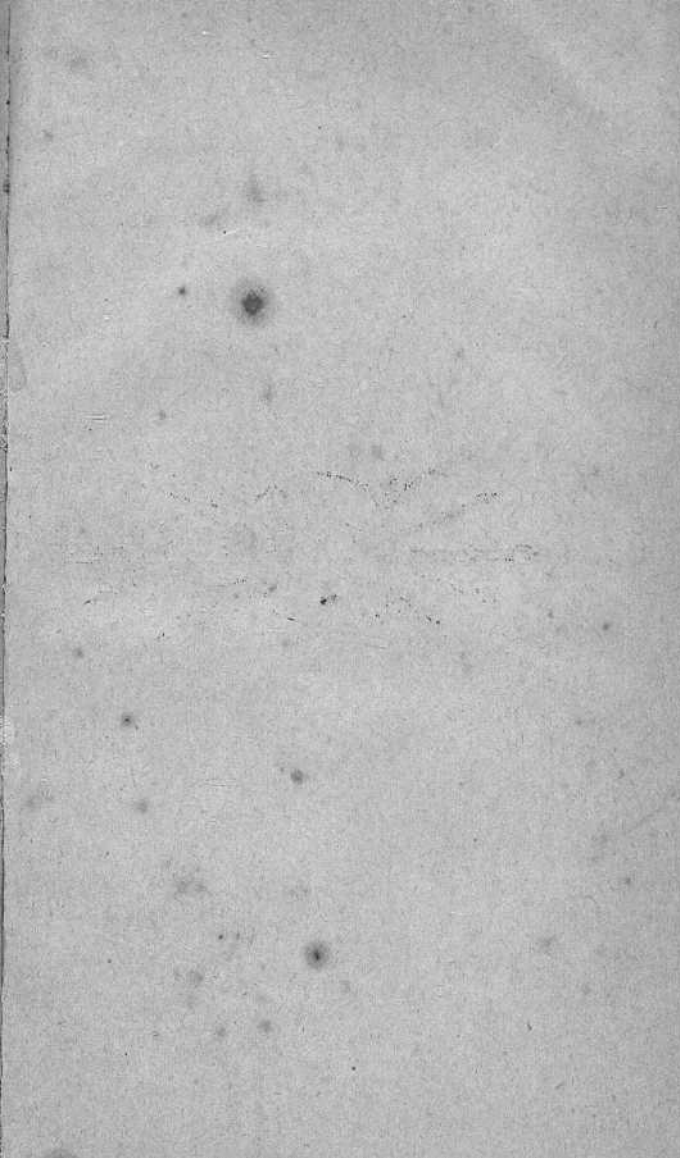
ros detalles, que á las veces engendran peregrino y seductor conjunto, haciendo pasar el ánimo de la compasión á la indignación, del horror trágico á la más delirante alegría, y del tedio al entusiasmo. De todos estos afectos, sólo uno—el penúltimo de los que apunto—puede inspirar estas pesadas páginas, que entrego á todo el que se quiera reir de mi *dillettantismo* torero, como antes se entregaban los toros malos á los perros de presa.

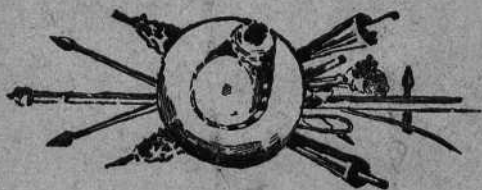
Porque bueno es que conste, mi ilustrado y apreciable amigo D. José, que no espero del público palmas ni tabacos, sino un poco de benevolencia, en gracia solamente al fervoroso y constante entusiasmo por todas las cosas españolas de un discípulo de Herbert Spencer—¡ya ve usted que no voy á la zaga de las gentes cultas!—que, en medio de sus anhelos de progreso real y positivo, se ve obligado, por las leyes deterministas de la herencia, ó por los fenómenos del atavismo, ó por la fatalidad del medio, ó por lo que sabiamente enseñan psicólogos y fisiólogos, á oler de cuando en cuando el aceite frito de las verbenas; á preferir en ciertas oca-

siones el vulgar cocido sobre todos los manjares del mundo; á contemplar extasiado y lleno de fe el manto bárbaramente esplendoroso de la Virgen del Pilar; á deleitarse con el brutal repiqueteo de las castañuelas; á comprar billetes de la lotería, olvidándose luego de ver la lista del sorteo; á quemar pólvora en el altar de las ideas; á dar de mano al trabajo por un hartazgo de sol; á hacer un viaje por ver á *Frascuelo*, y no hacerlo por recobrar la salud; á empeñar el reloj por ver á *Lagartijo*; y á poner, á guisa de registros, entre las hojas de un libro de derecho, de filosofía ó de matemáticas, números del periódico *La Lidia* y retratos del toro *Jaquetón*.

FIN







117-

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

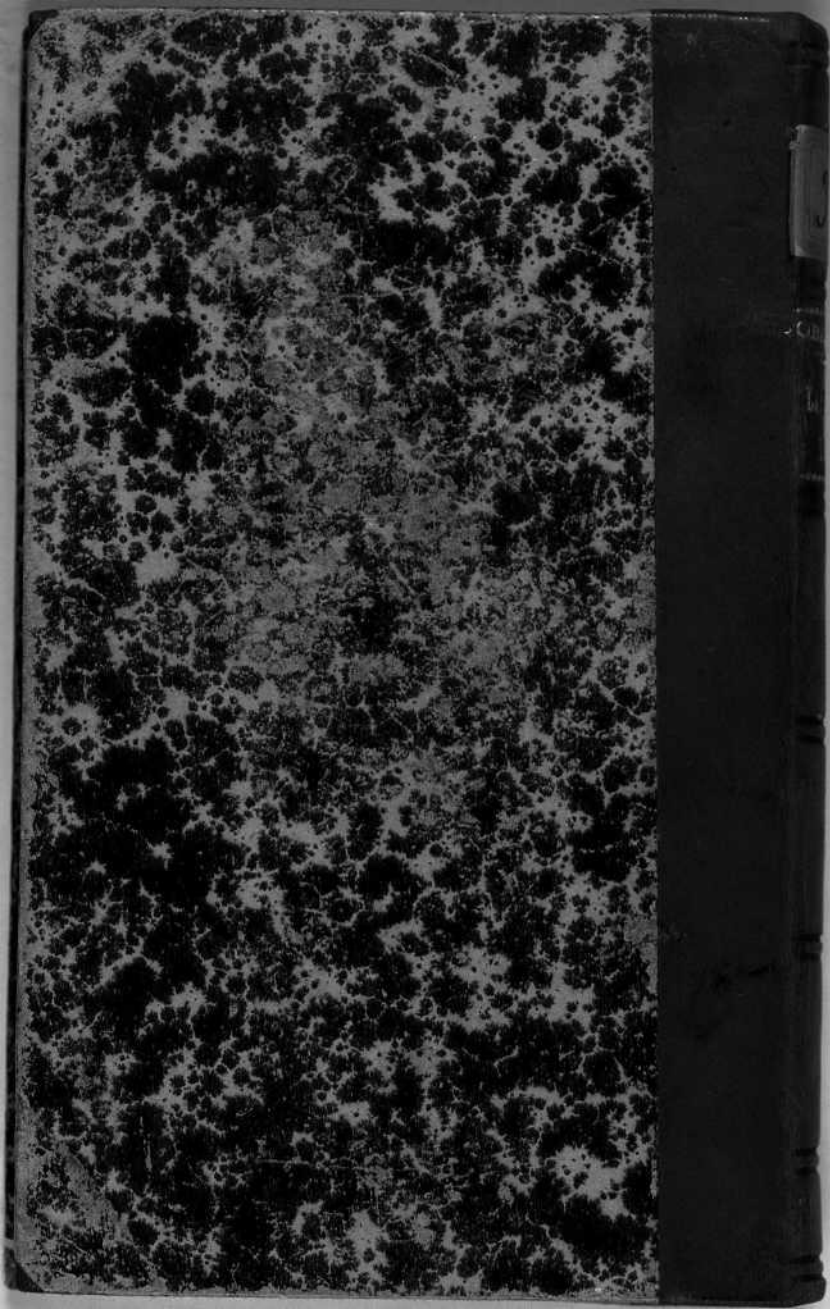
Pesetas.

Número... 323 Precio de la obra.....

Estante... 17 Precio de adquisición

Tabla Valoración actual.....

Número de tomos..



333.

BAQUILLI

LAS FIESTAS
DE TOROS